



Portada: Por más de cien años, los prendedores publicitarios de las campañas han adornado las solapas de los votantes estadounidenses, lo cual atestigua no sólo la vitalidad sino también la emoción misma del espectáculo de las elecciones presidenciales.

Página opuesta: La Casa Blanca, Washington, D.C.

CONTENIDO

Página 2 **LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN LOS ESTADOS UNIDOS**
POR JOHN F. BIBBY

Página 7 **LA NOMINACIÓN PRESIDENCIAL Y LA DEMOCRACIA ESTADOUNIDENSE**
POR STEPHEN J. WAYNE

Página 12 **LOS PROCEDIMIENTOS ELECTORALES DE LOS ESTADOS UNIDOS**
POR MICHAEL W. TRAUOGTT

Página 16 **CRONOLOGÍA DE LAS ELECCIONES DE 2004**

Página 18 **LA CAMPAÑA DE 2004: ENTREVISTA CON THOMAS MANN**
POR PAUL MALAMUD

Página 22 **LAS ELECCIONES DEL CONGRESO**
POR JOHN H. ALDRICH

Página 27 **LAS ENCUESTAS, LOS EXPERTOS Y LAS ELECCIONES DE 2004**
POR JOHN ZOGBY

Página 31 **EL ESTADO DE LAS FINANZAS DE CAMPAÑA**
POR JOSEPH E. CANTOR

Página 35 **GLOSARIO DE LAS ELECCIONES**

Página 37 **BIBLIOGRAFÍA Y SITIOS EN LA RED**

DIRECTOR EJECUTIVO:
GEORGE CLACK

EDITOR: PAUL MALAMUD

DIRECTOR DE ARTE / DISEÑO:
THADDEUS A. MIKSINSKI, JR.

DIRECTORA DE FOTOGRAFÍA:
JOANN STERN

ESPECIALISTAS DE REFERENCIA:
LORNA DODT
ANITA GREEN

TRADUCCIÓN:
ANGEL CARLOS GONZÁLEZ RUIZ

COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA:
LETICIA FONSECA GALLEGOS

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES: LOS CRÉDITOS DE IZD. A DER. ESTÁN SEPARADOS POR PUNTO Y COMA; LOS DE ARRIBA ABAJO POR GUIÓN LARGO (RAYA). TODOS LOS GRABADOS SON CORTESÍA DE BUREAU OF PRINTING AND ENGRAVING. PORTADA Y SU REVERSO: CORTESÍA DE NEW YORK HISTORICAL SOCIETY. 2: © HULTON ARCHIVE POR GETTY IMAGES. 3: © HULTON ARCHIVE POR GETTY IMAGES. 4: © HULTON ARCHIVE POR GETTY IMAGES (4). 5: © HULTON ARCHIVE POR GETTY IMAGES (3). 7: © GETTY IMAGES. 8: KRAUSE PUBLICATIONS (2); © BETTMANN/CORBIS. 9: © REUTERS. 10: (GEORGE BUSH); © STEPHEN CROWLEY/THE NEW YORK TIMES. 11: © CORBIS; KRAUSE PUBLICATIONS (2). 12: REPRODUCIDO CON AUTORIZACIÓN DE THE GLOBE NEWSPAPER COMPANY, INC. — © VINCENT LAFORET/THE NEW YORK TIMES. 13: © REUTERS; © SHANE YOUNG/THE NEW YORK TIMES — © SUZANNE DECHILLO/THE NEW YORK TIMES — © ANDREW ITKOFF/THE NEW YORK TIMES — © ROB CRANDALL/THE IMAGE WORKS. 14: © JENNI GIRTMAN/ATLANTA JOURNAL CONSTITUTION — © JIM WEST/THE IMAGE WORKS. 15: © AFP/CORBIS. 16-17: RICHARD ANDERSON. 23: AP/WIDE WORLD PHOTOS — © DOUG MILLS/THE NEW YORK TIMES. 25: © DOUG MILLS/THE NEW YORK TIMES; AP/WIDE WORLD PHOTOS (3). 26: AP/WIDE WORLD PHOTOS — © AFP/CORBIS. 27: © CORBIS — © BETTMANN/CORBIS — © PHILIP JONES GRIFFITHS/MAGNUM PHOTOS. 28 © GETTY IMAGES. 29: © BOB DAEMMRICH/THE IMAGE WORKS (2) 30: © BROOKS KRAFT/CORBIS — CORTESÍA DE MEET THE PRESS (2). 31: © PAUL HOSEFROGS/THE NEW YORK TIMES — © REUTERS. 33: AP/WIDE WORLD PHOTOS — © REUTERS — © MARK PETERSON/CORBIS SABA. 34: AP/WIDE WORLD PHOTOS. 37: (RETRATO DE GEORGE BUSH); © NAJLAH FEANNY/CORBIS SABA. CONTRAPORTADA: CORTESÍA DE NEW YORK HISTORICAL SOCIETY.

Estados Unidos ELECCIONES 2004

Esta publicación ofrece un panorama general introductorio del proceso electoral estadounidense a las personas que no están familiarizadas con las prácticas y tradiciones electorales de este país. Para “Estados Unidos: Elecciones 2004”, pedimos a siete expertos, en su mayoría politólogos, que explicaran aspectos significativos de las elecciones que se acercan para lectores internacionales que tal vez eligen a sus gobernantes de otra manera.

John F. Bibby inicia la exposición con una reseña del papel de los partidos políticos en el sistema estadounidense.

La Constitución nacional (1789) no menciona a los partidos, pero éstos han evolucionado desde su origen mismo, a principios del siglo XIX, y hoy forman parte de los cimientos de la democracia norteamericana. Se ha dicho que gran parte de la estabilidad de nuestro gobierno se debe al hecho de que dos partidos han tenido el predominio por más de un siglo.

A continuación, Stephen J. Wayne explica la larga campaña presidencial y el proceso de nominación en particular. También en este caso, varios rasgos vitales del sistema estadounidense —las convenciones de los partidos para la nominación y las elecciones primarias— no fueron previstos en la Constitución, sino son fruto de una evolución histórica arraigada en los primeros años de esta república. En seguida, Michael W. Traugott describe en detalle la forma en que las instituciones electorales garantizan la equidad, y comenta los procedimientos para el registro de votantes, la cuenta de votos y la estructura de una papeleta electoral.

Nuestra entrevista con el eminente analista político Thomas Mann, de Brookings Institution, se refiere de modo más explícito a la próxima elección. Varios meses antes de los primeros comicios de nominación presidencial (en enero de 2004), Mann se concentra de lo que será conveniente observar a medida que se desenvuelva la siguiente elección. John H. Aldrich nos recuerda que en 2004 habrá algo más que una elección presidencial: los 435

escaños de la Cámara de Representantes y un tercio de los 100 escaños del Senado estarán también en juego. En todo el país serán elegidos gobernadores, alcaldes y legislaturas estatales. El interés de las elecciones es mayor porque el sistema vigente permite que un partido gane la Casa Blanca y otro logre el control de una o ambas cámaras del Congreso. A diferencia de los sistemas parlamentarios, en este país las elecciones del ejecutivo y de la legislatura se realizan en actos independientes entre sí.

Por último, veremos dos aspectos del proceso que han llegado a ser decisivos en las elecciones modernas: las encuestas de opinión pública y las leyes que rigen la financiación de las campañas. El encuestador John Zogby plantea la tesis de que las encuestas de opinión pueden ser útiles para

que los candidatos definan los asuntos que los votantes estiman importantes, pero pueden ser mal empleadas o interpretadas cuando se usan para pronosticar resultados. Después, Joseph E. Cantor presenta una concisa explicación de las complejas leyes que regulan las aportaciones y los gastos de campaña en las elecciones estadounidenses: sólo en la elección presidencial de 2000 se gastaron 607 millones de dólares. En la regulación de las campañas políticas se percibe un conflicto entre dos valores fundamentales de los norteamericanos: la libertad de expresión, consagrada en la Primera Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, y garantizar a todos los candidatos un campo de juego abierto e imparcial.

Como varios de nuestros autores señalan, el sello distintivo del sistema de elecciones de este país ha sido su estabilidad esencial a lo largo de los siglos, una estabilidad que responde también a la necesidad de modernismo y cambio. Esperamos que, conforme se desenvuelvan los sucesos de las elecciones en los próximos meses, los lectores de todo el mundo encuentren útil este folleto como una guía, tanto del contexto histórico como de las características únicas de la campaña actual.



LOS PARTIDOS POLITICOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

POR JOHN F. BIBBY



George Washington, federalista (presidente, 1789-1797)

Abajo: Gran pendón nacional republicano, 1880, con retratos del candidato presidencial (vencedor), general James A. Garfield, y el vicepresidente propuesto, Chester A. Arthur.



Cuando los Fundadores de la República redactaron la Constitución de los Estados Unidos en 1787, no previeron un papel específico para los partidos políticos en el orden de gobierno. De hecho, buscaron diversos arreglos constitucionales —como la separación de poderes, los frenos y contrapesos, el federalismo y la elección indirecta del presidente por un colegio electoral— para que la nueva república quedara aislada de las facciones y partidos políticos.

A pesar de las intenciones de los Fundadores, Estados Unidos se convirtió en el siglo XIX en la primera nación que tuvo partidos organizados a nivel nacional y que transfirió el poder ejecutivo de una facción a otra por medio de elecciones.

EL NACIMIENTO Y LA PENETRACIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

El desarrollo de partidos políticos tuvo estrecha relación con la expansión del derecho al sufragio a principios del siglo XIX, cuando se suprimió el requisito de ser propietario para poder votar. Con un electorado mucho más amplio, fue menester hallar los medios para movilizar a las grandes masas de votantes. Para realizar esta tarea esencial, los partidos políticos fueron

institucionalizados. Así, los partidos surgieron en los Estados Unidos como parte de esa expansión democrática, y ya en la década de 1830 se habían establecido con fuerza como parte del firmamento político.

Hoy los partidos Republicano y Demócrata saturan el proceso político. Cerca del 60 por ciento de los estadounidenses se consideran republicanos o demócratas, y aun los que se dicen independientes suelen tener inclinaciones partidistas y muestran un alto grado de lealtad a su partido. Por ejemplo, en las cinco elecciones presidenciales llevadas a cabo entre 1980 y 1996, el 75 por ciento de los independientes que se “inclinaron” hacia los republicanos o los demócratas votaron por el candidato presidencial del partido de su preferencia. Y en 2000, el 79 por ciento de los “inclinados” hacia el Partido Republicano votaron por el candidato de ese partido, George W. Bush, al tiempo que el 72 por ciento de los “inclinados” hacia los demócratas votaron por el candidato de este partido, Al Gore.

La persistencia de las influencias partidistas se extiende también al partido gobernante. Los dos partidos principales dominan hoy la presidencia y el Congreso, así como los gobiernos y legislaturas de los estados. Desde 1852, todos los presidentes han sido republicanos o demócratas y, en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial, la participación de esos dos partidos dominantes en el voto popular para la presidencia ha promediado 94,8 por ciento.

Después de las elecciones locales y del Congreso, sólo había un senador independiente entre los 100 miembros del Senado de la república y no más de dos de los 435 miembros de la Cámara de Representantes del país eran independientes. En el nivel estatal, los 50 gobernadores eran republicanos o demócratas, y sólo 21 (0,003 por ciento) de los más de 7.300 legisladores estatales fueron elegidos al margen de los partidos republicano o demócrata. Los dos partidos principales son los que organizan y dominan el gobierno, tanto en el nivel nacional como en los estados.

Aun cuando, desde el punto de vista ideológico, los partidos estadounidenses tienden a ser menos cohesivos y programáticos que los de muchas democracias, desempeñan un papel importante y a menudo decisivo al configurar la política pública. En realidad, desde las elecciones de 1994, los republicanos y los demócratas han exhibido grandes diferencias de políticas en el Congreso y un grado de unidad partidista inusualmente alto en comparación con las normas históricas. Los desacuerdos de políticas entre los dos partidos se producen cada dos años en el contexto de las elecciones para el Congreso y el Senado, y tienen la posibilidad real de producir un cambio en el control partidista de la Cámara de Representantes y el Senado. La combinación de rivalidad en materia de políticas e intensa competencia por el control de la cámara ha creado una atmósfera muy cargada de conflicto partidista, en los últimos años, tanto en el Senado como en la Cámara. Y en los preparativos de las elecciones de 2004, los líderes de ambos partidos en el Congreso y los candidatos a la nominación presidencial demócrata, así como la administración Bush, han puesto en práctica una serie continua de maniobras con miras a obtener alguna ventaja electoral.

¿POR QUÉ UN SISTEMA DE DOS PARTIDOS?

La competencia bipartidista se perfila como uno de los rasgos más notorios y duraderos del sistema político de los Estados Unidos. Desde la década de 1860, republicanos y demócratas han dominado la política electoral. Este historial sin paralelo en que los dos mismos partidos han tenido siempre el monopolio de la política electoral de un país, refleja aspectos estructurales del sistema político y también rasgos especiales de los partidos políticos norteamericanos.

El procedimiento habitual para elegir a los legisladores nacionales y estatales en este país es el sistema de distritos “de un solo miembro”. Esto significa que resulta electa la persona que obtiene una mayoría relativa del voto (es decir, el mayor número de votos en un distrito electoral dado). A diferencia de los sistemas proporcionales, el arreglo de distritos de un solo miembro no permite que gane más de un partido en un distrito cualquiera. Así, el sistema de un solo miembro genera incentivos para formar dos partidos de amplia base con suficiente atractivo popular para ganar la mayoría relativa en distritos legislativos, lo cual condena a terceros partidos y otros menores a una serie casi permanente de derrotas, con lo cual no tienen muchas probabilidades de ser muy duraderos, a menos que unan sus fuerzas con alguno de los grandes partidos. Sin embargo, unir sus fuerzas con un partido grande no es una opción factible para la mayoría de los partidos pequeños porque todos los estados, salvo un puñado de ellos, prohíben lo que se conoce como fórmulas de fusión, en las que un candidato contiene como representante de más de un partido.

Otro apoyo institucional para el bipartidismo es el sistema de colegio electoral para la elección de presidentes. En sentido técnico, en el sistema de colegio electoral los estadounidenses no votan directamente a partir de una lista de candidatos a la presidencia. De hecho, votan en cada estado por una lista de “electores” que se comprometen a ser leales a uno u otro de los candidatos presidenciales. Para elegir al presidente se requiere una mayoría absoluta de los 538 votos electorales de los 50 estados. Por este requisito, es de lo más difícil que un tercer partido gane la presidencia, ya que los votos electorales de cada uno de los estados son asignados con un criterio de “todo para el ganador”. Es decir, el candidato que obtiene una mayoría relativa del voto popular de un estado –no importa que sea una mayoría relativa pequeña– gana todos los votos electorales de ese estado. Igual que en el sistema de distritos de un solo miembro, el mecanismo del colegio electoral pone en desventaja a los terceros partidos, pues éstos tienen pocas probabilidades de ganar los votos electorales de algún

estado, y no digamos de reunir bastantes estados para elegir un presidente.

En virtud de que los demócratas y los republicanos controlan la maquinaria del gobierno, no es de sorprender que hayan creado otras reglas electorales cuyos efectos favorecen a los partidos más grandes. La simple operación de registrar el nombre de un nuevo partido en la papeleta electoral de los estados puede ser una tarea ardua y costosa. Por ejemplo, el estado de Carolina del Norte exige que se presente una solicitud firmada por 58,842 votantes para que un nuevo partido registre a su candidato presidencial en la papeleta electoral del estado para la elección de 2004. Además, la Ley Federal de Campañas de Elecciones otorga beneficios especiales a los principales partidos, incluso la financiación pública de sus campañas presidenciales a un nivel mucho más alto del que se ofrece a los partidos pequeños (aun a los que alcanzaron en la última elección el umbral requerido de 5 por ciento del voto popular).

El proceso de nominación distintivo de este país es una barrera estructural más para los terceros partidos. Entre las democracias del mundo, Estados Unidos es un caso único por su dependencia de elecciones primarias en las que los partidos nombran a sus candidatos a los cargos estatales y del Congreso, y por su uso de elecciones primarias presidenciales a nivel estatal en la selección de candidatos a la presidencia. En este tipo de sistema de nominación, los votantes ordinarios de la elección primaria escogen al candidato de su partido para la elección general. En la mayoría de los países, las organizaciones partidistas y sus dirigentes controlan las nominaciones de cada partido. Pero en los Estados Unidos, los votantes son quienes toman la determinación final de quiénes serán los candidatos republicano y demócrata designados.

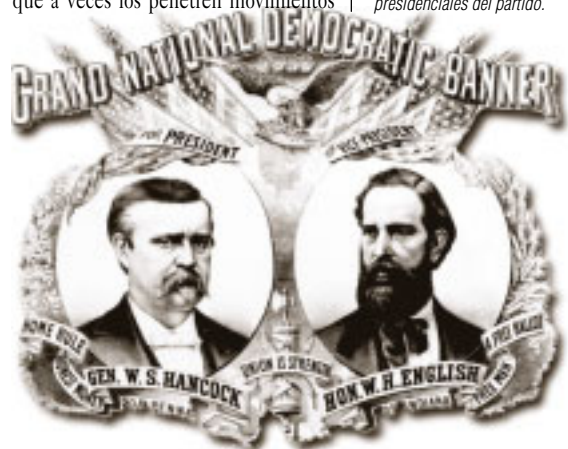
A pesar de que este sistema conduce a la creación de organizaciones partidistas internas más débiles que en la mayoría de las democracias, este

proceso participativo de nominación ha propiciado también el dominio republicano y demócrata sobre la política electoral por casi 150 años. Al ganar las nominaciones del partido por medio de elecciones primarias, los insurgentes pueden tener acceso a la papeleta electoral en general y, por lo tanto, aumentan sus posibilidades de triunfo en dicha elección sin tener que organizar un tercer partido. Así, el proceso de nominación en elecciones primarias tiende a encauzar la disidencia hacia los dos principales partidos y, en general, suprime la necesidad de que los disidentes emprendan la difícil tarea de formar un tercer partido. Desde luego que el sistema de elecciones primarias para la nominación de candidatos hace también que los dos partidos principales sean muy permeables y que a veces los penetren movimientos



John Adams, federalista (1797-1801)

Abajo: Gran pendón demócrata nacional de 1880 con retratos de los candidatos presidenciales del partido.



sociales “marginales” y candidatos de tipo “desconocido”.

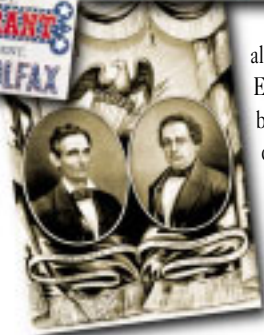
APOYO DE AMPLIA BASE Y POSICIONES CENTRISTAS

Los partidos estadounidenses cuentan con un apoyo electoral de amplia base y de gente de todas las clases sociales. A excepción de los votantes afro-norteamericanos –90 por ciento de los cuales votaron por el candidato presidencial demócrata en 2000–, tanto el Partido Republicano como el Demócrata tienen en realidad niveles apreciables de apoyo de todos los grupos socioeconómicos importantes de la población. Aun cuando de ordinario se cree que, por ejemplo, las familias sindicalistas simpatizan con los demócratas, los republicanos pueden aspirar por lo menos a un tercio del



Thomas Jefferson, demócrata-republicano (1801-1809)

De arriba abajo: Estandarte de apoyo a la candidatura del republicano John Fremont y su compañero de equipo William Drayton en 1856. Portada de la partitura con la música del Two-Step Republican, compuesta en honor del candidato presidencial William McKinley. Cartel de campaña del Partido Republicano donde aparecen Ulysses S. Grant y su compañero de equipo Schuyler Colfax en la elección de 1868. Cartel republicano para la elección de 1860 que muestra a Abraham Lincoln y su compañero de equipo Hannibal Hamlin.



voto de los sindicatos en la mayoría de las elecciones, y en 1984, este partido ganó el 46 por ciento del voto sindical. En 2000, el 37 por ciento del voto de las familias sindicalistas fue por los republicanos. Así mismo, aunque el apoyo a los demócratas suele ser menor a medida que aumenta el nivel de ingresos, los candidatos presidenciales demócratas pueden esperar un grado sustancial de apoyo de los votantes de clase media alta. Por ejemplo, en 2000, el candidato demócrata Al Gore obtuvo el 43 por ciento de los votos de las personas cuyos ingresos familiares eran de más de 100.000 dólares al año.

Los partidos políticos de los Estados Unidos muestran también relativamente poca unidad interna y no profesan una adhesión estricta a una ideología o a una serie de objetivos políticos. Más bien, por tradición, se han interesado en primer lugar y ante todo en ganar las elecciones y controlar

al personal del gobierno. En atención a sus amplias bases socioeconómicas de apoyo electoral y por la necesidad de operar en una sociedad que, por su ideología, se ubica en posiciones del centro, los partidos estadounidenses han adoptado posiciones políticas esencialmente centristas. Han demostrado también un alto grado de sensibilidad en sus políticas. Este enfoque no doctrinario permite que republicanos y demócratas toleren mucha diversidad en sus filas y ha contribuido a dotarlos de capacidad para absorber a terceros partidos y movimientos de protesta cuando éstos se presentan.



James Madison, demócrata-republicano (1809-1817)

PARTIDOS POLÍTICOS DESCENTRALIZADOS

Es difícil exagerar el grado en que los partidos estadounidenses se han caracterizado por sus estructuras de poder descentralizadas. En términos históricos, en el partido que gobierna, el presidente no puede contar con que los miembros de su partido integrados al Congreso apoyarán por lealtad los programas presidenciales, y tampoco los líderes del partido en el Congreso esperan que los miembros de su grupo voten siempre de acuerdo a la línea del partido. Dentro de la organización partidista, los comités de campaña republicano y demócrata para el Congreso y el Senado (formados por legisladores en el cargo) actúan con autonomía respecto a los comités partidistas nacionales de orientación presidencial: los comités nacionales republicano y demócrata. Además, salvo al ejercer su autoridad sobre los procedimientos para la selección de delegados a las convenciones nacionales de nominación, las organizaciones nacionales partidistas rara vez intervienen en los asuntos del partido en los estados.

Este nivel de fragmentación organizacional refleja, en parte, las consecuencias del sistema de separación de poderes que ordena la Constitución: la división de poderes entre las ramas legislativa, ejecutiva y judicial del gobierno, siendo seleccionada cada rama por distintos procedimientos, para diferentes períodos en el cargo e independientes unas de otras. Este sistema de división de poderes crea incentivos muy limitados para la unidad partidista entre los legisladores y el máximo ejecutivo de cada partido. Esto es válido, en general, ya sea que hablemos de los miembros del Congreso ante el presidente de su partido, o de las relaciones análogas entre los legisladores estatales y su gobernador.

El principio constitucional del federalismo, que en los Estados Unidos ha creado un sistema estratificado de gobierno federal, estatal y local, descentraliza más aún a los partidos al crear miles de electorados —también en los niveles federal, estatales y locales—, cada uno de los cuales tiene sus propios

funcionarios. Como ya dijimos, el hecho de que se usen elecciones primarias para designar candidatos debilita también a las organizaciones de los partidos al negarles la capacidad de controlar la selección de sus candidatos. Por lo tanto, se alienta a cada candidato a formar su organización personal de campaña y congrega a sus seguidores electorales para ganar las primarias y más tarde las elecciones generales. Aun la recaudación de los fondos para la campaña es, en gran parte, responsabilidad personal de cada candidato, ya que las organizaciones de los partidos suelen tener recursos económicos limitados y a menudo hay muchas restricciones de ley en cuanto a las sumas que pueden aportar, sobre todo para campañas de elecciones federales.

DESCONFIANZA DE LOS ESTADOUNIDENSES A LOS PARTIDOS POLÍTICOS

A pesar de la larga e impresionante serie de evidencias de la presencia de partidos en el sistema político de los Estados Unidos, un elemento arraigado en la cultura cívica nacional es la desconfianza a los partidos políticos. La adopción del sistema de primarias para nominar candidatos estatales y del Congreso, a principios del siglo XX, y la proliferación más reciente de las elecciones primarias presidenciales, que han llegado a ser el factor determinante para el nombramiento de candidatos a la presidencia, son testimonios del sentimiento del público en contra de los partidos. Los estadounidenses se sienten incómodos cuando los dirigentes de sus organizaciones partidistas ejercen mucho poder sobre el gobierno.



Según lo muestran una y otra vez las encuestas de opinión pública, gran parte del electorado cree que los partidos hacen más para confundir las cosas que para aclararlas y sería mejor que en las papeletas electorales no se hiciera alusión a los partidos.

Además de que los partidos estadounidenses se desenvuelven en un clima cultural que suele ser adverso, enfrentan también el problema de que un número notable de votantes concede cada vez menos importancia a la identificación partidista. Un indicio de este debilitamiento del apego de los votantes a los partidos es la incidencia del voto dividido, es decir, que voten por candidatos de distintos partidos en la misma elección. Así fue como, en 2000, el 20 por ciento de los electores dividieron sus sufragios al votar por candidatos de diferentes partidos para presidente y para la Cámara de Representantes de la república. En consecuencia, 40 de los distritos de la Cámara de Representantes en los que se impuso George W. Bush en la elección presidencial fueron ganados por candidatos demócratas a la Cámara.

En virtud de que muchos estadounidenses tienen un compromiso relativamente débil con los partidos, por la presencia de un segmento considerable de votantes que se consideran independientes y por la tendencia de un porcentaje notable de ciudadanos a votar en forma dividida, la política de los Estados Unidos se centra en los candidatos y no en los partidos. El resultado de esto ha sido que la división partidista del control de las ramas ejecutiva y legislativa del gobierno ha llegado a ser un rasgo habitual del gobierno nacional y el de cada uno de los 50 estados. Así, en todos los años desde 1980, menos cuatro, la presidencia y por lo menos una de las cámaras del Congreso han estado bajo el control de partidos diferentes. Después

de las elecciones de 2002, en 29 estados (58 por ciento del total) el control quedó dividido entre los partidos.

TERCEROS PARTIDOS Y CANDIDATOS INDEPENDIENTES

Como muestra la tabla adjunta, los terceros partidos y los candidatos independientes han sido un rasgo periódico de la política de los Estados Unidos, a pesar de los obstáculos que hemos citado. Con frecuencia, ellos han abordado problemas sociales que los partidos principales no han sabido colocar al frente del discurso público e incluir en la agenda del gobierno. Sin embargo, la mayoría de los terceros partidos han florecido en una sola elección y luego mueren, se esfuman o son absorbidos por alguno de los partidos grandes. Desde la década de 1850, sólo un nuevo partido, el Partido Republicano, ha sido capaz de alcanzar una categoría importante. En ese caso había una cuestión moral apremiante, la esclavitud, que dividía a la nación y sentó las bases para el reclutamiento de candidatos y la movilización de los votantes.

Aun cuando la tabla no muestra que haya mucho apoyo para la viabilidad a largo plazo de terceros partidos, hay pruebas de que éstos pueden tener un impacto apreciable en el resultado de las elecciones. Por ejemplo, la candidatura del tercer partido de Theodore Roosevelt en 1912 dividió el voto republicano normal y permitió que el demócrata Woodrow Wilson fuera elegido, a pesar de que no obtuvo la mayoría del voto popular.

En 1992, la candidatura independiente de H. Ross Perot atrajo a electores que, en otras condiciones,

habrían votado por los republicanos en la década de 1980 y, por lo tanto, contribuyó a la derrota del presidente republicano en funciones, George H.W. Bush. En la contienda en extremo competida de 2000 entre el republicano George W. Bush y el demócrata Al Gore, es posible que si el candidato del Partido Verde, Ralph Nader, no hubiera aparecido en las papeletas electorales de Florida, Gore habría ganado los votos electorales de ese estado y, de ese modo, habría obtenido la mayoría de votos electorales necesaria para ser elegido presidente.

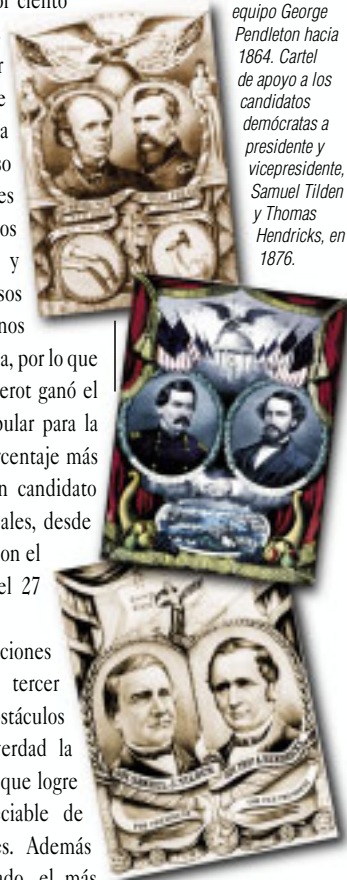
Desde la década de 1990, las encuestas de opinión pública han mostrado siempre un alto nivel de apoyo popular para el concepto del tercer partido. En los preparativos de la elección de 2000, una Encuesta Gallup reveló que el 67 por ciento de los estadounidenses estaba a favor de un tercer partido fuerte, capaz de proponer candidatos a la presidencia, el Congreso y los gobiernos estatales que contendieran con los candidatos republicanos y demócratas. Fue por esos sentimientos, además de unos generosos gastos de campaña, por lo que el multimillonario tejano Perot ganó el 19 por ciento del voto popular para la presidencia en 1992, el porcentaje más alto que haya obtenido un candidato ajeno a los partidos principales, desde que Theodore Roosevelt (con el Partido Progresista) ganó el 27 por ciento en 1912.

A pesar de las manifestaciones de posible apoyo a un tercer partido, hay enormes obstáculos para que éste gane en verdad la presidencia, e incluso para que logre obtener un número apreciable de senadores o representantes. Además de los que ya hemos citado, el más notable es el temor de los votantes de que, al emitir su sufragio a favor del candidato de un tercer partido,



James Monroe, demócrata-republicano (1817-1825)

De arriba abajo: Estandarte de 1868 para apoyar a los candidatos demócratas a presidente y vicepresidente, Horatio Seymour y Frank Blair. Cartel electoral para los candidatos demócratas, general George McClellan y su compañero de equipo George Pendleton hacia 1864. Cartel de apoyo a los candidatos demócratas a presidente y vicepresidente, Samuel Tilden y Thomas Hendricks, en 1876.



EL COLEGIO ELECTORAL

Cuando los votantes estadounidenses acuden a las urnas para elegir al presidente, muchos de ellos creen que están participando en la elección directa del mandatario. Esto no es así desde el punto de vista técnico, debido a la existencia del colegio electoral, una reliquia constitucional del siglo XVIII.

Colegio electoral es el nombre con el que se designa a un grupo de "electores" que son nominados por activistas políticos y miembros de partidos en los estados. El día de las elecciones, esos electores, leales a uno u otro candidato, son elegidos por voto popular. En diciembre, después de la votación presidencial, los electores se reúnen en las capitales de sus respectivos estados y emiten sus votos para presidente y vicepresidente. Para ser elegido, el presidente debe reunir 270 votos electorales.

Es posible que en una contienda reñida o de partidos múltiples, el colegio electoral no emita 270 votos a favor de ningún candidato; en ese caso, la Cámara de Representantes tiene que escoger al siguiente presidente.

El sistema de colegio electoral fue establecido en el Artículo II, Sección I de la Constitución de los Estados Unidos. Aun cuando ha sido tema de ligeras controversias en los últimos años, se le ha considerado también como una fuerza estabilizadora en el sistema electoral.

CÓMO FUNCIONA HOY EL COLEGIO ELECTORAL

★ En los 50 estados y el Distrito de Columbia, los votantes registrados depositan sus sufragios para presidente y vicepresidente, el primer martes siguiente al primer lunes de noviembre, en el año de la elección presidencial.

★ Los candidatos que ganan el voto popular en un estado suelen recibir todos los votos electorales de dicho estado. (En términos técnicos, todos los electores leales a esos candidatos son elegidos.)


★ El número de electores de un estado es igual al número de senadores y representantes de dicho estado. El Distrito de Columbia, que no tiene representación electoral en el Congreso, cuenta con tres votos electorales.

★ Los electores se reúnen y votan oficialmente por el presidente y el vicepresidente, el primer lunes siguiente al segundo miércoles de diciembre, en el año de la elección presidencial. Se requiere una mayoría de votos para que un candidato sea elegido. En virtud de que hay 538 electores, es necesario reunir un mínimo de 270 para ganar el colegio electoral.

★ Si ningún candidato a la presidencia obtiene la mayoría de los votos electorales, la Cámara de Representantes debe determinar quién es el ganador entre los tres candidatos que hayan obtenido más votos en el colegio electoral. Con ese fin, los miembros de la Cámara votan por estados y la delegación de cada estado deposita un voto.

★ Si ningún candidato a la vicepresidencia obtiene la mayoría de los votos electorales, el Senado tiene que determinar al ganador entre los dos que hayan obtenido más votos en el colegio electoral.

El presidente y el vicepresidente prestan juramento y asumen sus cargos el 20 de enero siguiente a la fecha de la elección.



Tercer partido	Año	% del voto popular	Votos electorales	Destino en la siguiente elección
Antimasónico	1832	7,8	7	Apoyó al candidato wing
Tierra libre	1848	10,1	0	Recibió el 5% de los votos, aportó la base de miembros del Partido Republicano
Wing-Americano	1856	21,5	8	Se disolvió el partido
Demócrata del Sur	1860	18,1	72	Se disolvió el partido
Unión Constitucional	1860	12,6	39	Se disolvió el partido
Del Pueblo (Populista)	1892	8,5	22	Apoyó al candidato demócrata
Progresista (T. Roosevelt)	1912	27,5	88	Se reintegró al Partido Republicano
Socialista	1912	6,0	0	Obtuvo el 3,2% de los votos
Progresista (R. La Follette)	1924	16,6	13	Se reintegró al Partido Republicano
Demócrata de los Derechos de los Estados	1948	2,4	39	Se disolvió el partido
Progresista (H. Wallace)	1948	2,4	0	Obtuvo el 1,4% de los votos
Americano Independiente (G. Wallace)	1968	13,5	46	Obtuvo el 1,4% de los votos
John B. Anderson	1980	7,1	0	No contendió en 1984
H. Ross Perot	1992	18,9	0	Fundó el Partido de la Reforma y volvió a contender en 1996
Partido de la Reforma (Perot)	1996	8,4	0	Con Pat Buchanan como candidato, el partido obtuvo el 0,5% de los votos
Verde (R. Nader)	2000	2,7	0	

en realidad estén "desperdiando" su voto. Se ha enseñado a los electores a actuar en forma estratégica, votando por el segundo candidato de su preferencia cuando el primero sea el candidato de un tercer partido y, a su juicio, no tenga posibilidades de ganar. Así, en una encuesta realizada antes de la elección de 2000, el 15 por ciento de los votantes

mostró mayor preferencia por Ralph Nader que por George W. Bush o Al Gore, pero Nader obtuvo sólo el 2,7 por ciento del voto popular. Así fue en 1992, pues entre los votantes que daban más altas puntuaciones a Ross Perot, el 21 por ciento optó por apoyar a otros candidatos a la hora de depositar sus sufragios.

También existe el fenómeno de votar por el candidato de un tercer partido en

señal de "protesta". Por ejemplo, las Encuestas Gallup de 1992 revelaron que el 5 por ciento de los que votaron por Perot dijeron que no habrían votado por él si hubieran creído que realmente podía ganar.

También los candidatos independientes de terceros partidos enfrentarían un problema aterrador en caso de ganar la presidencia. Por supuesto, tal es el problema de gobernar: formar el personal de una administración y luego trabajar con un Congreso dominado por republicanos y demócratas que tendrían muy pocos incentivos para colaborar con un presidente que no pertenece a un partido importante ■

John F. Bibby es profesor emérito de ciencias políticas en la Universidad de Wisconsin, Milwaukee, y fue presidente de la subdisciplina de partidos políticos en la Asociación de Ciencias Políticas de los Estados Unidos. Bibby es una autoridad en la política y el gobierno de los Estados Unidos y es autor de Politics, Parties, and Elections in America.

FUERZA DEL VOTO DEL COLEGIO ELECTORAL, POR ESTADOS

Alabama -- 9	Indiana -- 11	Nuevo Mexico -- 5
Alaska -- 3	Iowa -- 7	Ohio -- 20
Arizona -- 10	Kansas -- 6	Oklahoma -- 7
Arkansas -- 6	Kentucky -- 8	Oregon -- 7
California -- 55	Louisiana -- 9	Pennsylvania -- 21
Carolina del Norte -- 15	Maine -- 4	Rhode Island -- 4
Carolina del Sur -- 8	Maryland -- 10	Tennessee -- 11
Colorado -- 9	Massachusetts -- 12	Texas -- 34
Connecticut -- 7	Michigan -- 17	Utah -- 5
Dakota del Norte -- 3	Minnesota -- 10	Vermont -- 3
Dakota del Sur -- 3	Mississippi -- 6	Virginia -- 13
Delaware -- 3	Missouri -- 11	Virginia Occidental -- 5
Distrito de Columbia -- 3	Montana -- 3	Washington -- 11
Florida -- 27	Nebraska -- 5	Wisconsin -- 10
Georgia -- 15	Nevada -- 5	Wyoming -- 3
Hawai -- 4	Nueva Hampshire -- 4	
Idaho -- 4	Nueva Jersey -- 15	Total -- 538
Illinois -- 21	Nueva York -- 31	

LA NOMINACIÓN PRESIDENCIAL Y LA DEMOCRACIA ESTADOUNIDENSE

POR STEPHEN J. WAYNE

El sistema para la nominación de candidatos a la presidencia de los Estados Unidos parece complejo, incluso caótico, y lo es. Siempre, desde la década de 1970, cuando los partidos Demócrata y Republicano empezaron a reformar las reglas para la selección de sus candidatos a la presidencia y la vicepresidencia, el sistema ha estado en constante flujo y los candidatos que logran el éxito son los que entienden tal complejidad y son capaces de manipularla y sortearla. Sin embargo, después de todo, eso es lo que hace todo político creativo: aprender el juego de la política y practicarlo con dinamismo y habilidad.

LOS PARTIDOS Y SUS NOMINACIONES: LA HISTORIA

A diferencia del sistema de colegio electoral para elegir al presidente, los procedimientos para la nominación de candidatos a la presidencia no se especifican en la Constitución de los Estados Unidos. Cuando ésta fue redactada y ratificada, a fines del siglo XVIII, no había partidos políticos. Éstos se desarrollaron cuando el gobierno inició sus funciones y como consecuencia de las políticas que aplicó el primer presidente del país, George Washington.

A partir de 1796, los miembros del Congreso nacional que se identificaban con alguno de los partidos políticos de la época se reunían en plan informal para decidir quiénes serían sus candidatos a la presidencia y la vicepresidencia. Este sistema para la selección de candidatos, conocido como “Comicios Reales”, continuó por casi 30 años y se desintegró en 1824, víctima de la descentralización del poder dentro de los partidos políticos a causa de la expansión del país hacia el oeste.

Las convenciones nacionales de nominación sustituyeron a los Comicios Reales. En 1831, un partido pequeño y marginal, el Antimasónico, se reunió en una taberna de la ciudad de Baltimore, Maryland, para escoger candidatos y una plataforma o programa político (la declaración de los principios y políticas que un partido político o un candidato suscribe) para contender por el poder. Al año siguiente, los demócratas se reunieron la misma taberna para seleccionar a sus candidatos. Desde entonces, los partidos grandes y la mayoría de los pequeños han realizado convenciones nacionales de nominación a las cuales concurren delegados estatales para escoger a sus candidatos a la presidencia y la vicepresidencia y

debían escoger, respaldaron las reformas que permitieron a los miembros del partido en los estados celebrar elecciones “primarias” para seleccionar a sus delegados a la convención. Se convocaría a esas elecciones antes de la elección general. En 1916, más de la mitad de los estados realizaban elecciones presidenciales primarias.

Sin embargo, el movimiento para alentar a más simpatizantes de los partidos a tomar parte en el proceso de selección presidencial de estas instituciones fue efímero. Tras del final de la Primera Guerra Mundial, los líderes de partidos que veían en las primarias una amenaza a su poder convencieron a las legislaturas estatales de abolirlas, aduciendo que eran onerosas y que el



para ponerse de acuerdo en torno a sus políticas.

En los siglos XIX y XX, las convenciones de nominación estaban bajo el control de líderes partidistas estatales que usaban su influencia en la selección de los delegados de su respectivo estado y para asegurarse de que éstos votaran “correctamente” en la convención. A la postre, el predominio de esos líderes partidistas llegó a ser un problema para los partidos. Las personas a quienes no les agradaba tener “jefes” fijos que les ordenaran a qué candidato

número de personas que participaba en ellas era relativamente pequeño. Además, algunos posibles candidatos se negaban a participar en las primarias porque ya contaban con el apoyo de los líderes del partido en el estado y no se querían arriesgar a perderlo en una votación popular. Además, en algunos estados, el voto por el candidato presidencial era sólo una recomendación, pues los delegados a la convención se seleccionaban de otra manera. En 1936, sólo una docena de estados seguían celebrando primarias presidenciales.

Pero las presiones democratizadoras volvieron a surgir después de la Segunda Guerra Mundial, alentadas



John Quincy Adams,
demócrata-republicano
(1825-1829)

Izquierda: Estos demócratas ondean banderas en la Convención Nacional Demócrata 2000 en Los Angeles, California.



Andrew Jackson,
demócrata
(1829-1837)

LOS COMICIOS DE IOWA: COMO FUNCIONAN

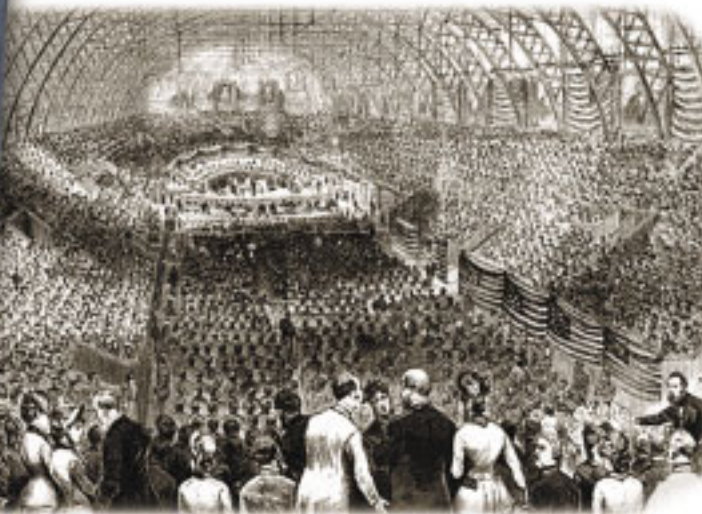
1. Se realizan comicios en más de 2.000 demarcaciones de todo el estado de Iowa para seleccionar a más de 1.500 delegados a 99 convenciones de condado.
2. Se realizan convenciones en condados para escoger los 3.000 delegados a 5 convenciones de distritos del Congreso.



3. Se realizan convenciones en distritos del Congreso para elegir los delegados en el nivel de distrito a las convenciones nacionales de los partidos. Los mismos delegados asisten también a la convención estatal.
4. En las convenciones estatales son elegidos los delegados de todo el territorio para la convención nacional del partido. Los demócratas seleccionan también a sus delegados del partido en el estado y a sus delegados oficiales elegidos.

Arriba: Distintivo de delegado a la convención nacional demócrata de 1908. Abajo: Banda de la elección de 1876 con el retrato del candidato presidencial (perdedor) Samuel Tilden y su compañero de equipo. Al centro de la página: Grabado de la convención republicana de 1880.

por los avances de la tecnología de las comunicaciones. El advenimiento de la televisión trajo consigo un medio por el cual la gente podía ver y oír las campañas políticas desde su propia casa. Ahora los candidatos podían usar el escaparate de la televisión para mostrar su carisma popular y su potencial para ser elegidos. Como candidatos, Dwight Eisenhower, John Kennedy y Richard Nixon participaron en múltiples primarias estatales, con notable costo y esfuerzo, para demostrar a su partido que un general, un católico y un candidato presidencial que fue derrotado podían ganar una elección general. Y los tres tuvieron éxito. Cada uno de ellos logró más



tarde la nominación de su partido y fue elegido presidente.

Además, la guerra de Vietnam, que empezó a mediados de los años 60 y siguió hasta los 70, creó divisiones internas en el Partido Demócrata que, a su vez, generaron presiones para ahondar la reforma. El catalizador fue el proceso de nominación demócrata de 1968. Un movimiento antibélico dividió al Partido Demócrata y dio lugar a violentas manifestaciones en las calles de Chicago, ciudad donde se llevó a cabo la convención del partido en ese año. A pesar de la agitación que acompañó esa reunión, el partido seleccionó al vicepresidente Hubert Humphrey, quien había dicho que no participaría en ninguna primaria demócrata y, por

lo tanto, se convirtió en el blanco de las protestas contra la guerra.

En un intento de unificar a un partido dividido, la convención demócrata, después de nominar a Humphrey, accedió a designar un comité que reexaminara el proceso de nominación presidencial del partido, con el doble propósito de alentar una mayor participación partidista en la elección del candidato demócrata y lograr una representación más equitativa del partido en su convención de nominación. Las reformas adoptadas por ese partido iniciaron un proceso por el cual ambos partidos han democratizado sus métodos para seleccionar a sus candidatos.

EL SISTEMA ACTUAL DE ELECCIONES PRIMARIAS Y COMICIOS

Las principales reformas instituidas por los demócratas han alentado el uso de elecciones primarias en la mayoría de los estados que elaboran las leyes electorales para sus residentes. Según su estructura actual, la primaria es una elección entre los simpatizantes de un partido a fin de escoger a los candidatos del mismo que contendrán en la elección general. Según las leyes de cada estado, los votantes pueden emitir sus votos por los candidatos presidenciales del partido, o pueden hacerlo de modo indirecto, votando por los delegados de la convención que se “comprometen” a apoyar a esos candidatos.

La única opción adicional que los estados pueden tener en el sistema actual es realizar un proceso de comicios y convención en varias etapas, en el cual los partidarios que viven en una

geográfica relativamente pequeña —una demarcación local— se reúnan y voten por delegados que se comprometan a respaldar a candidatos específicos. A su vez, esos delegados representan a su demarcación en una convención de condado, en la cual se elige a los delegados que irán a la convención estatal. Y los delegados a la convención estatal seleccionan a los delegados que representarán al estado en la convención nacional. Aun cuando este sistema se desarrolla en varios meses, las preferencias por determinados candidatos se definen, en esencia, desde la primera ronda de votación.

El tamaño real de la delegación que cada estado enviará a la convención nacional se calcula por medio de una fórmula establecida por el partido, en la cual se toman en cuenta factores tales como la población del estado, el apoyo que ha brindado en el pasado a los candidatos nacionales del partido y el número de funcionarios elegidos y dirigentes del partido que ocupan en la actualidad algún cargo público. La fórmula de asignación que usan los demócratas se traduce en convenciones nacionales a las que concurre casi el doble de delegados que a las convenciones de los republicanos.

La Constitución de los Estados Unidos confiere autoridad a los estados para la creación de sus propias leyes electorales, bajo las reglas y condiciones que el Congreso pudiera establecer. Aun cuando los estados son libres de determinar las fechas en que se realizarán sus elecciones primarias y sus comicios, también tienen un incentivo para llevar a cabo sus contiendas de nominación de acuerdo con las reglas del partido, ya que la Corte Suprema de la nación ha dispuesto que los partidos tienen derecho de crear y aplicar sus propias reglas para los que asisten a las convenciones nacionales. De este modo, los estados que permiten la selección de delegados a la convención del partido

sin respetar las reglas que éste impone pueden ver que sus delegados son impugnados al llegar a las convenciones nacionales del partido o que éste decide reducir el tamaño de su delegación por haber violado sus reglas.

Hoy en día, más del 80 por ciento de los delegados que asisten a las convenciones nacionales de su partido son seleccionados en elecciones primarias abiertas en las que pueden participar todos los demócratas o los republicanos que se identifiquen como tales.

El Partido Demócrata ha impuesto una serie de reglas nacionales a todas sus filiales en los estados, pero el Partido Republicano no lo ha hecho. En efecto, las reglas de los demócratas disponen

delegados –líderes del partido y funcionarios elegidos– que no están obligados a apoyar a un candidato en particular, aun cuando éste haya ganado las primarias en su respectivo estado. Por último, los demócratas requieren que las delegaciones estatales estén divididas por igual entre hombres y mujeres.

A pesar de las diferencias en las reglas de sus partidos –los republicanos consultan con sus afiliados estatales y los demócratas no–, se destacan dos tendencias importantes:

■ *Va en aumento el número de estados que adelantan sus primarias y sus comicios al inicio del proceso electoral, con miras a tener más influencia en la selección de los*

medios de comunicación, sobre todo la radio y la televisión, y del apoyo de los dirigentes del partido en los estados para que los ayuden a llevar su mensaje a los votantes en todos los estados que pueden llevar a cabo sus primarias el mismo día.

La práctica de madrugar y la regionalización del proceso de nominación primaria presidencial han beneficiado a los candidatos que gozan de reconocimiento nacional, como los presidentes en funciones, los gobernadores de grandes estados y los senadores y representantes federales que tienen acceso a los fondos, a los medios informativos y al apoyo de organizaciones.

Consideremos, por ejemplo, los antecedentes que condujeron a la nominación presidencial demócrata de 2004. Ocho candidatos demócratas habían reunido cerca de 25 millones de dólares y habían gastado 7 millones el 31 de marzo de 2003, más de 10 meses antes de los primeros comicios o la elección primaria inicial programada. Entre esos candidatos, los que ocupaban escaños en el Congreso reunieron más fondos, contrataron los mejores consultores políticos y empezaron a forjar las mayores organizaciones de campaña. La brevedad del tiempo disponible perjudica a quienes necesitan usar las primarias y los comicios como escalones para ganar la nominación, como ocurrió con Jimmy Carter en 1976 y John McCain en 2000.

Los constantes cambios introducidos en el proceso de nominación afectan a todos los candidatos. Ni siquiera el presidente en funciones puede estar seguro de que obtendrá de nuevo la nominación. En 1992, George H. W. Bush sufrió embarazosas derrotas en las primarias, a manos del respetado presentador de televisión y columnista periodístico conservador Pat Buchanan. En cambio, en 1996, Bill Clinton recaudó grandes sumas de dinero con tanta anticipación que desalentó a cualquier opositor político de su propio

PROCEDIMIENTOS PARA LA PRIMERA RONDA DE COMICIOS DE DEMARCACIONES

DEMÓCRATAS: Sólo podrán participar los demócratas registrados que vivan en la demarcación y sean elegibles para votar. Se invita a los concurrentes a formar grupos según sus preferencias por los candidatos. Para ser viable, un grupo debe estar formado por el 15 por ciento de los presentes por lo menos. Los grupos no viables se disuelven y sus miembros se pueden unir a los grupos viables. En esta etapa de la asamblea hay un intenso cabildéo. Los delegados son asignados a los candidatos bajo una regla estricta, de acuerdo con la proporción del grupo con respecto a los comicios en su totalidad.

REPUBLICANOS: Los concurrentes, que deben ser elegibles para votar, aunque no es preciso que estén registrados como republicanos, depositan su sufragio según su preferencia presidencial, en votación secreta. Los votos son tabulados para todo el estado. A continuación, los delegados a la convención del condado son seleccionados por el método que los comicios decidan, ya sea por elección directa (todo para el vencedor) o en forma proporcional sobre la base de una votación extraoficial

Centro: Nueve aspirantes del Partido Demócrata a la presidencia durante su primer debate, en Carolina del Sur, el 3 de mayo de 2003. De izq. a der.: congresista Dennis Kucinich, congresista Richard Gephardt, Rev. Al Sharpton, senador Joseph Lieberman, ex senadora Carol Moseley Braun, ex gobernador Howard Dean, senador John Edwards, senador Bob Graham y senador John Kerry.



Martin Van Buren, demócrata (1837-1841)

que los estados realicen sus certámenes para la nominación presidencial entre el primer martes de febrero y el segundo martes de junio del año en que tenga lugar la elección presidencial. A los estados más pequeños, Iowa y Nueva Hampshire, se les conceden exenciones oficiales que les permiten votar en una fecha anticipada, tomando en cuenta su tradición de ser los que realizan los primeros comicios y la primera elección primaria, respectivamente. Para dar más fuerza a la representación de las minorías que pueden estar concentradas en ciertas comunidades del estado, los demócratas exigen también que el 75 por ciento de los delegados de un estado sean elegidos en distritos no mayores que un distrito del Congreso. Además, el número de delegados que se comprometen a apoyar a candidatos específicos se calcula en proporción al voto que ellos o sus candidatos reciban. Los demócratas tienen también otros

candidatos, alentar a éstos a atender las necesidades e intereses del estado, y hacer que gasten en éste parte del dinero de sus campañas. A esto se le llama “madrugar”.

■ *En una práctica conocida como “regionalización”, los estados han cooperado unos con otros para realizar sus primarias y sus comicios en la misma fecha a fin de maximizar su influencia en la región.*

Estas dos tendencias han obligado a los candidatos a iniciar sus campañas más temprano para tener un bastión en los estados que realizan las contiendas iniciales. Así mismo, los candidatos han tenido que depender cada día más de

partido que hubiera querido desafiarlo. Clinton empleó ese dinero con buena estrategia y montó una campaña electoral, orientada a los medios de comunicación, que abarcó desde el inicio de los comicios y las primarias hasta la elección nacional.

NOMINACIONES DE LOS PARTIDOS Y DEMOCRACIA

Está claro que las reformas del proceso de nominación presidencial han ampliado la base de participación del público. En 1968, antes que se hicieran los cambios recientes en el proceso, sólo 12 millones de personas votaron en las primarias, cerca del 11 por ciento de la población en edad de votar. En 2000 participaron cerca de 35 millones, casi el 15 por ciento del electorado. En los

preparativos de la elección presidencial de 2000, más de 20 millones votaron en contiendas entre George W. Bush y sus opositores republicanos, y casi 15 millones lo hicieron en las contiendas demócratas entre el vicepresidente Al Gore y su principal opositor, el ex senador Bill Bradley.

Además de acrecentar la participación del público, el proceso de nominación moderno ha ampliado la representación de los grupos que forman cada una de las coaliciones electorales del partido. Aun cuando la representación demográfica —en el sentido de raza y género— se ha expandido entre los delegados de los partidos a las convenciones de nominación, no ha ocurrido lo mismo con la representación ideológica. La razón de esto es que quienes tienen

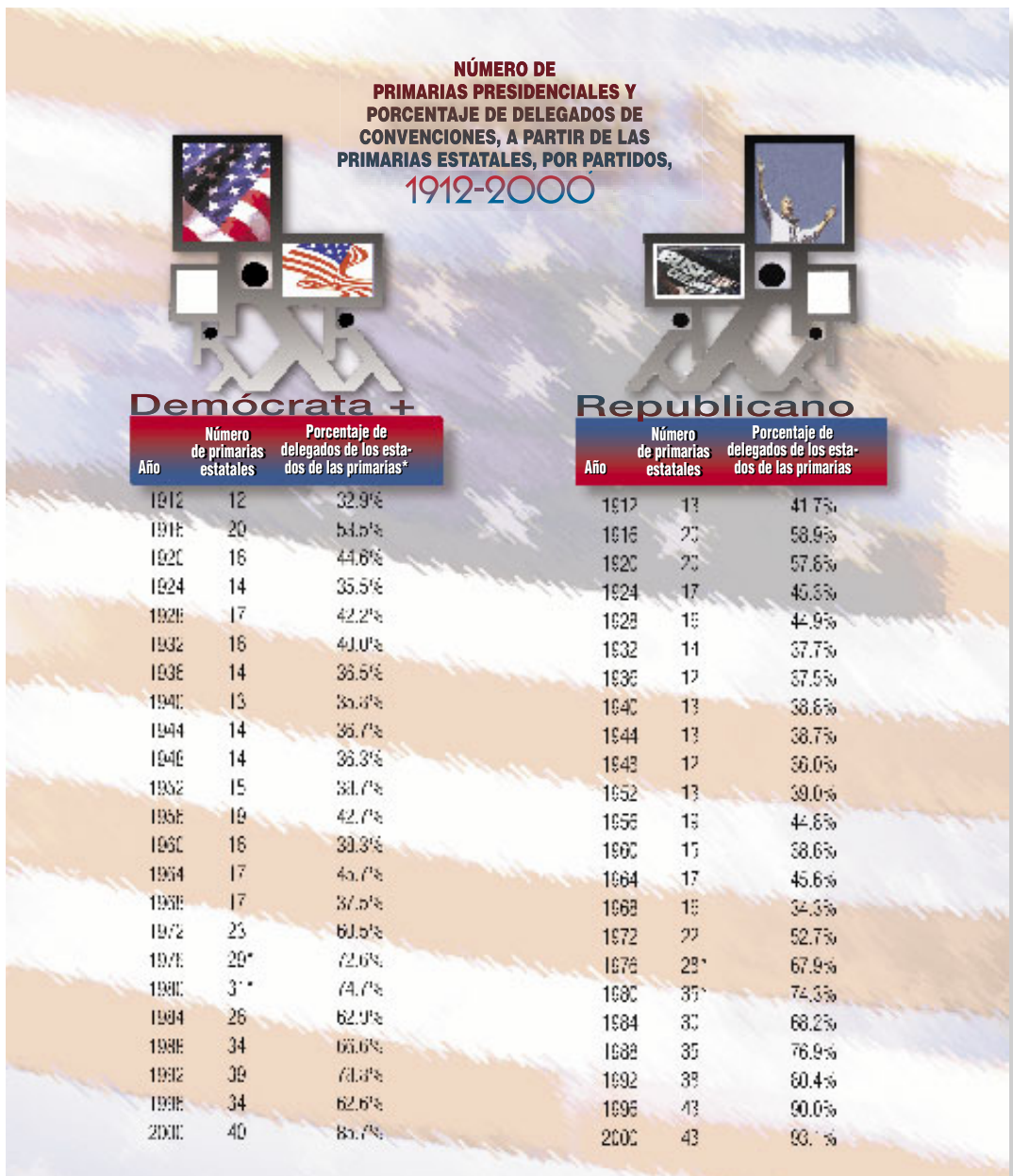
más altas tasas de participación en el proceso de nominación tienden a ser activistas del partido con tendencias más ideológicas que el miembro ordinario del partido. Así, los delegados a las convenciones republicanas tienden a ser más conservadores, y los delegados demócratas más liberales, que sus respectivos electorados.

Como antes dijimos, las reformas han debilitado también el poder de los líderes del partido en los estados y han sido un incentivo para que quien desea ganar la nominación de su partido haga exhortativas a un público muy diverso. Esas exhortativas han reforzado el vínculo entre los candidatos y el núcleo básico de sus partidarios, y han alentado a quienes obtienen cargos públicos a dar cumplimiento a sus promesas de

+ Incluye a los líderes y funcionarios electos de partidos que fueron escogidos en primarias estatales.

* No incluye a Vermont, que conserva votos de preferencia presidencial no obligatorios, pero escoge delegados en comicios y convenciones estatales.

Fuentes: Para 1912-1964, F. Christopher Arterton, "Campaign Organizations Face the Mass Media in the 1976 Presidential Nomination Process" (ponencia presentada en la Asamblea Anual de la Asociación de Ciencias Políticas de los Estados Unidos, Washington, D.C., 1 a 4 de septiembre de 1977); para 1968-1976, Austin Ranney, *Participation in American Presidential Nominations, 1976* (Washington, D.C.: American Enterprise Institute, 1977), tabla 1.6. Las cifras para 1980 fueron compiladas por Austin Ranney a partir de materiales distribuidos por el Comité Nacional Demócrata y el Comité Nacional Republicano. Las cifras para las elecciones realizadas desde 1980 fueron compiladas por el autor a partir de datos proporcionados por los Comités Nacionales Demócrata y Republicano y por la Comisión Federal Electoral.



campana. En su primer año en el cargo, George W. Bush orientó sus energías al logro de las principales metas políticas de su campaña, es decir, reducción de impuestos, reforma educativa y mejor preparación militar, esas iniciativas de acción orientadas a su base política conservadora.

Aunque muchas de las reformas introducidas en la nominación han ayudado a la democratización de ese proceso, todavía hay anomalías. Los que participan en las elecciones primarias suelen tener mejor educación, ingresos más altos y mayor edad que el votante republicano o demócrata término medio. Además, como siempre, la gente que aporta dinero para los candidatos o para sus causas suele pertenecer a estratos socioeconómicos más altos. El resultado inevitable de esto es que la opinión de esas personas tiene una influencia más poderosa en el resultado de la elección.

Por último, el proceso de nominación público y contencioso genera facciones dentro de los partidos. Cuanto más competitiva sea la lucha por la nominación, tanto más probable será que esas divisiones lleguen al punto en que sea preciso superarlas de inmediato para que el partido pueda montar con éxito la campaña presidencial de su candidato.

EL IMPACTO DE LAS CONVENCIONES POLÍTICAS

Otra consecuencia de los cambios introducidos en el proceso de nominación presidencial ha sido la disminución de la importancia de la convención nacional de nominación de los partidos. Hoy, el nominado presidencial es seleccionado en efecto por los votantes en una etapa bastante temprana del proceso de nominación. A su vez, el nominado anuncia a quién prefiere como candidato a la vicepresidencia, antes que se reúna la convención. El candidato ganador controla también la formación de la

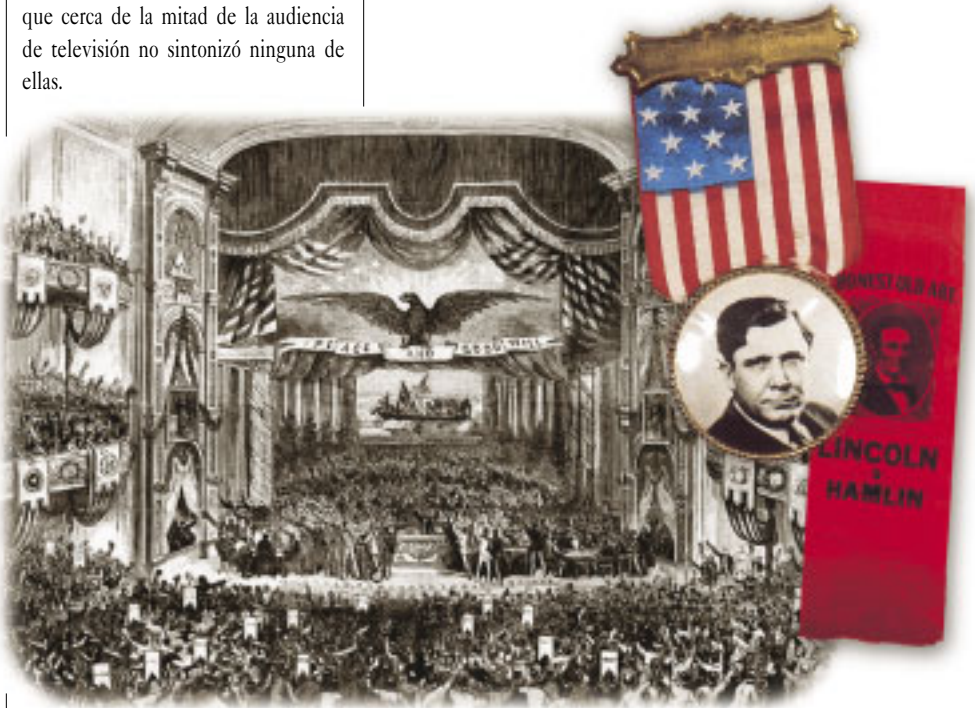
plataforma del partido. Entonces, ¿por qué tiene el pueblo estadounidense que pasar cierto tiempo ante el televisor, presenciando las convenciones de nominación?

La verdad del asunto es que mucha gente no las presencia. La audiencia de esas convenciones se ha reducido en los últimos años, lo mismo que el número de horas que las principales cadenas difusoras dedican a transmitir las sesiones en el horario preferente. Encuestas realizadas por organizaciones de investigación en el verano de 2000, cuando los dos partidos celebraron sus convenciones de nominación, revelaron que cerca de la mitad de la audiencia de televisión no sintonizó ninguna de ellas.

término medio y los candidatos. Tal como es ahora, el proceso concede ventaja a los candidatos que son más conocidos, recaudan más dinero, tienen organizaciones de campaña más eficaces y generan más entusiasmo entre los votantes desde el inicio de la temporada de elecciones primarias presidenciales. ■

Stephen J. Wayne es profesor de administración pública en la Universidad Georgetown en Washington, D.C., y autor del libro The Road to the White House 2004 (Thomson/Wadsworth, 2004).

William Henry Harrison, whig (1841)



A pesar de que la proporción de espectadores ha disminuido, las convenciones siguen siendo objeto de atención en los programas de noticias y en los periódicos. Las mismas encuestas mostraron que, en 2000, el interés del público aumentó durante las convenciones y después de ellas, así como el conocimiento de los candidatos y sus políticas. Así, las convenciones sirvieron para informar a los votantes, ganar su apoyo y generar entusiasmo entre los partidarios por los nominados de sus respectivos partidos, además de enfocar la atención del país en la siguiente elección general.

El proceso de nominación presidencial no es perfecto, pero en las últimas décadas ha fomentado la participación, mejoró la representación demográfica y fortaleció el vínculo entre el partidario

Centro: Antiguo grabado que muestra la Convención Nacional Demócrata sesionando en Baltimore. Derecha: Prendedor del candidato presidencial Wendell Willkie en 1940. Listón de Lincoln y Hamlin, que describe a Lincoln como "un hombre bueno y honrado", para la elección de 1860.



John Tyler, whig (1841-1845)

PROCEDIMIENTOS ELECTORALES DE LOS ESTADOS UNIDOS

POR
MICHAEL W. TRAUOGOTT

En general, los votantes estadounidenses tienen oportunidad de participar en más elecciones que los ciudadanos de casi todas las demás democracias. En un año, algunos de ellos pueden tener cinco o seis oportunidades de votar, y cada papeleta electoral está llena de opciones para distintos cargos en varios niveles de gobierno. En virtud de su sistema federal, en el que tanto el gobierno nacional como los de los estados tienen facultades distintas, el



mayoría de los candidatos de su partido en elecciones primarias, que son en realidad funciones del partido político que los administradores electorales tienen a su cargo.

los cargos que aparecen en las papeletas son locales, y los límites de los distritos electorales son trazados a menudo por el partido en el poder y se basan en los patrones históricos de votación, a fin de hacerlos seguros para uno u otro de los partidos políticos. Sin embargo, hay excepciones obvias y recientes. El resultado de la elección presidencial estadounidense de 2000 –la larga contienda para hallar al vencedor en la elección presidencial más reñida de la historia nacional– expuso por primera



Arriba: Los ciudadanos votan en la elección de medio período, el 5 de noviembre de 2002, en Halifax, Massachusetts. Centro: Estas personas se preparan para votar con las nuevas máquinas de votación en Miami, Florida, el 4 de noviembre de 2002.

día de la elección en los Estados Unidos es en realidad un suceso en el que tiene lugar una serie de elecciones estatales y locales simultáneas, cada una con sus propios procedimientos administrativos.

En el sistema político de este país hay muchos cargos electivos, y además de votar por éstos, el público debe tomar numerosas decisiones en materia de apoyo económico a la educación y para servicios estatales y locales, como parques y carreteras, por medio del sufragio. Además, va en aumento el número de decisiones de políticas que se toman por medio de plebiscitos e iniciativas sujetas a votación. Algunos científicos políticos han dicho que la frecuencia de las elecciones puede ayudar a explicar la merma en la concurrencia a las urnas durante los últimos 50 años en los Estados Unidos. Los estadounidenses eligen también a la

EL PROCESO DE VOTACIÓN

Así pues, debido a la índole local de las elecciones en los Estados Unidos, hay miles de administradores electorales a cargo de organizarlas y dirigir las, lo cual incluye la tabulación y certificación de los resultados. Esos funcionarios tienen una serie de tareas importantes y complejas: establecer las fechas de las elecciones, certificar la elegibilidad de los candidatos, registrar a los votantes elegibles y preparar las listas de electores, seleccionar los dispositivos de votación, diseñar las papeletas, organizar una numerosa fuerza de trabajo temporal para administrar la votación el día de la elección, y por último tabular los votos y certificar los resultados.

Por tradición, los resultados de las elecciones en este país no han sido especialmente reñidos. La mayoría de

vez a los norteamericanos a muchos de esos asuntos administrativos.

El proceso de votación en los Estados Unidos incluye dos pasos. No hay una lista nacional de votantes elegibles, por lo cual el ciudadano debe cumplir con el primer requisito, que es ir a registrarse. Los ciudadanos se registran para votar en función del lugar donde viven; si se mudan a otra dirección, lo más común es que tengan que registrarse de nuevo. Los sistemas de registro han sido ideados para evitar los fraudes. Sin embargo, los procedimientos de registro de votantes varían de un estado a otro. En el pasado, los procedimientos de registro se usaron a veces para evitar que ciertos ciudadanos participaran en las elecciones. En épocas recientes, la tendencia ha consistido en facilitar los requisitos de registro, y la Ley Nacional de Registro de Votantes de 1993 (la ley



James K. Polk,
demócrata
(1845-1849)

del “votante motorizado”) permite que las personas se registren para votar al mismo tiempo que renuevan su licencia de conductor.

Una de las funciones más importantes de los funcionarios electorales es asegurarse de que toda persona elegible para votar aparezca en las listas de registro, pero que nadie sin derecho a hacerlo figure en ellas. En general, los funcionarios electorales locales pecan de cautelosos y conservan en las listas los nombres de personas que no han votado en fecha reciente, con tal de no eliminar a un votante posiblemente elegible. Ahora, cuando se presenta en las urnas una persona cuyo nombre no aparece en las listas, se le entrega una papeleta provisional para que emita su voto. Su elegibilidad se comprueba más tarde, antes que su voto sea contabilizado.

EL PAPEL DE LOS ADMINISTRADORES ELECTORALES

En los Estados Unidos, una elección es un ejercicio administrativo –que se realiza a nivel local con presupuesto fijo– cuyo propósito es determinar las preferencias de los votantes elegibles en forma precisa y oportuna. Esto significa que los administradores electorales –de ordinario, un empleado de condado o de ciudad– tienen una enorme tarea. Ellos son responsables de registrar votantes todo el año y de averiguar quién es elegible para votar en una elección determinada. Tienen que diseñar las papeletas para cada elección, cerciorarse de que todos los candidatos certificados aparezcan en las listas y que toda la información sobre la cual se habrá de decidir haya sido escrita correctamente. Además, están obligados a esforzarse para que la papeleta tenga el mayor grado posible de sencillez y claridad.

Hoy en día no hay normas nacionales sobre los formularios para papeletas electorales o dispositivos de votación. Lo más común es que los funcionarios electorales tengan que proveer papeletas en muchos idiomas y, a veces, hasta en diferentes formatos. En ciertas jurisdicciones, el orden en que aparecen los candidatos y los partidos se tiene que disponer en forma aleatoria. Por último, los funcionarios electorales locales están a cargo de elegir las máquinas de votación que se usarán en cada caso, y

las papeletas deben ser compatibles con esos dispositivos. En respuesta a los problemas que surgieron en el estado de Florida en la elección presidencial de 2000, el Congreso aprobó leyes que proveen asistencia financiera a estados y condados para que adopten los procedimientos de votación más modernos y dignos de confianza.

Entre elecciones, estos funcionarios deben almacenar y conservar los dispositivos de votación, tareas que se encomiendan de ordinario a contratistas y no al personal regular. Una de sus tareas más difíciles es la contratación y capacitación de un personal numeroso, en forma temporal, para una larga sesión de trabajo (casi siempre de 10 a 15 horas) el día de la elección.

Este proceso de capacitación puede ser aún más abrumador cuando se hacen modificaciones en el equipo de votación o en los formularios de las papeletas entre una y otra elección. La logística del traslado de máquinas, además de la contratación y capacitación de personal, llega a ser a veces tan extenuante que la tarea de verificar la elegibilidad de los votantes se deja en manos de voluntarios enviados por los partidos políticos principales. En virtud de que los voluntarios suelen ser representantes de esos partidos, en ciertos casos hay desacuerdos inevitables en torno a la conducción de algunas elecciones locales.

LA NATURALEZA DEL SUFRAGIO

El segundo paso del proceso de votación es permitir el acceso del público a las urnas. Para la mayoría de los votantes elegibles, esto suele consistir en acudir a un sitio de votación, cerca de su domicilio, para depositar su voto. En todo el país hay muchas variantes, tanto en lo que se refiere al tamaño geográfico de las demarcaciones como al número de personas elegibles y registradas para votar en cada una.



Las decisiones sobre el equipo y los formularios de votación se toman en el nivel local porque esos sistemas los paga cada localidad. Así, la forma en que vota la gente –el tipo de equipo que usa y la calidad del mantenimiento de éste– está relacionada con el nivel socioeconómico y la base tributaria de su localidad. En virtud de que con los ingresos tributarios se financian también escuelas, los servicios de policía y bomberos, y las instalaciones de parques y recreación, a menudo se concede un bajo nivel de prioridad a las inversiones en tecnología para realizar las elecciones.



En los Estados Unidos se cuenta con una amplia variedad de dispositivos de votación y el panorama de las tecnologías electorales está en continuo cambio. Hoy quedan muy pocos lugares donde la forma de sufragar consista en marcar una “X” en la papeleta, junto al nombre del candidato preferido como se hacía en el pasado, pero muchos sistemas computarizados todavía se basan en cédulas de papel en las que el elector rellena círculos o conecta líneas. Esos sufragios son explorados después por medios mecánicos para llevar a cabo el registro de votos.

En muchas jurisdicciones se usan todavía máquinas de “palanca”, en las que el votante hace girar la pequeña manija que está junto a los nombres de los candidatos de su preferencia o al lado del tema que desea respaldar. Los votos se registran al final del proceso, tirando de una palanca grande. Hace más de 30 años que no se fabrican esas máquinas porque su mantenimiento es muy caro y difícil. En consecuencia, han caído en desuso en forma gradual.

Otro dispositivo muy común es la máquina para “tarjetas perforadas”. El sufragio se realiza en una tarjeta, ya sea haciendo orificios o perforaciones junto al nombre del candidato o insertando la tarjeta en un soporte que la alinea con



Arriba izq.: Un funcionario municipal de Dixville Notch, Nueva Hampshire, deposita el simbólico primer voto de la elección presidencial de 2000. Margen derecho, de arriba abajo: Una mujer en bicicleta entrega su sufragio en un sitio oficial de votación en Portland, Oregon, en la elección presidencial de 2000. En el Nordeste, una mujer sostiene a su hija mientras espera su turno para votar. Estos ancianos votan en la elección presidencial de 2000, en una comunidad de Florida para jubilados.



Zachary Taylor, whig (1849-1850)



Millard Fillmore,
whig
(1850-1853)

la lista de candidatos antes de hacer las perforaciones. Este es el tipo de papeleta que ocasionó la controversia acerca de la cuenta de votos de la elección presidencial estadounidense de 2000 en Florida. A causa de ese hecho, los dispositivos a base de tarjetas perforadas también están en vías de desaparecer.

La tendencia actual consiste en la adopción de dispositivos electrónicos de registro directo (DRE por sus siglas en inglés), con pantallas computarizadas

de su lugar de residencia (y de las urnas de votación) el día de la elección. En algunos lugares se ha liberalizado poco a poco esta disposición y se permite que los ciudadanos se registren como “votantes ausentes permanentes”, de modo que siempre se les envíe por correo una papeleta electoral.

Otra nueva disposición es la “votación temprana”, para lo cual algunas máquinas de votación son instaladas en centros comerciales y otros lugares públicos hasta tres semanas antes del

En todo Estados Unidos y en general, más de la quinta parte de los electores emiten sus sufragios antes de lo que en otros tiempos se conocía como “el día de la elección”.

LA CUENTA DE VOTOS

A medida que aumente la proporción de ciudadanos que sufragan antes del día de la elección, será más pertinente que el primer martes después del primer lunes de noviembre –por tradición, el día de la elección presidencial en este



Centro: Una funcionaria de condado en Georgia maneja una nueva máquina para votar, con pantalla sensible al tacto, en octubre de 2002. El sistema se estaba poniendo a punto para las elecciones de noviembre.

Abajo, centro: Un funcionario electoral revisa los registros de votantes en Dearborn, Michigan, el 7 de noviembre de 2000.

sensibles al contacto, parecidas a las máquinas de cajero automático. Aunque se ha debatido mucho acerca de la votación por medio de computadoras o en la Internet, para facilitar el procedimiento –en una elección primaria de Arizona se ensayó el uso de ese método–, especialistas en seguridad trabajan para refinar esos sistemas, los cuales no se usan aún en forma generalizada.

Un cambio apreciable registrado en los últimos años en el rubro del sufragio ha consistido en la adopción de procedimientos en los que las papeletas se entregan a los votantes antes del día de la elección. El inicio de esta tendencia fue la emisión de papeletas para votantes ausentes, que se emiten para los electores que van a estar lejos

día de la elección. Los ciudadanos pueden presentarse allí, según les convenga, para depositar sus sufragios. Y en algunos estados los ciudadanos votan por correo. En Oregon, a todos los ciudadanos se les envía una papeleta electoral por correo 20 días antes de la elección y ellos la pueden devolver por correo o la entregan personalmente en los sitios designados. Otros lugares –como Seattle y el condado King en el estado de Washington– han adoptado la votación por correo, pero las localidades aledañas siguen usando los DRE o dispositivos de tarjetas perforadas.

país– no se considere como “el día de la elección” sino como “el día de la cuenta”. A pesar de que el sufragio anticipado se ha vuelto más popular, los votos no se cuentan sino hasta el día de la elección, por lo cual no es posible informar cuál de los candidatos se adelanta o se retrasa, antes del cierre de las urnas. Este tipo de información anticipada podría influir en los estilos y la conducción de las campañas, y también en la afluencia de votantes.

En la elección presidencial de 2000 salieron a la luz muchas enseñanzas vividas sobre la cuenta de votos. El mayor problema que se presentó en Florida, según lo señaló la Corte Suprema de la república en su dictamen sobre esa disputada elección, fue la ausencia de normas uniformes para la cuenta de los distintos tipos de papeletas electorales. En algunas jurisdicciones,



Franklin Pierce,
demócrata
(1853-1857)

las papeletas para votantes ausentes son distintas de las que se usan en el dispositivo de votación de las mismas demarcaciones. En consecuencia, podría ser necesario hacer más de una serie de tabulaciones. Y los sufragios de votantes ausentes no se cuentan en absoluto en algunas demarcaciones si el número de esos electores es menor que la diferencia entre los votos obtenidos por los candidatos que ocupan el primero y el segundo lugar.

La elección de 2000 reveló también que las máquinas para votar son como cualquier otro tipo de aparato electromecánico: tienen cierta tolerancia a las fallas que les son propias, pero requieren mantenimiento regular y periódico para funcionar en su más alto nivel de precisión. Si la elección es demasiado reñida, los dispositivos de tabulación pueden generar totales ligeramente diferentes cuando la cuenta de votos se realiza más de una vez.

Cuando una elección nacional se decide por menos del 0,5 por ciento del voto popular, y el resultado en un estado –en este caso Florida– tiene una diferencia de sólo 202 votos de un total de más de 5,8 millones de sufragios emitidos para George W. Bush y Al Gore, los procedimientos de tabulación asociados a cada uno de los dispositivos empleados pueden llegar a ser tema de controversia. Una alta proporción de los sufragios de Florida se emitieron por medio de artefactos de tarjetas perforadas. El mantenimiento fue uno de los problemas, y la destreza de los votantes para perforar con precisión sus papeletas fue otro. En algunos lugares, el diseño de las papeletas confundió a los electores, sobre todo a los de más edad, y pudo ser la causa de que algunos de ellos emitieran su sufragio por otro candidato y no por el que deseaban votar.

Lo reñido del resultado de la elección en Florida y el hecho de que éste fue el último estado que logró completar su cuenta de votos hicieron de él un blanco especial de los ataques de los partidarios de Bush y de Gore en las semanas siguientes al día de la elección. Debido a la índole local del sistema de elecciones estadounidense y por el hecho de que el colegio electoral asigna sus votos por estados, con el criterio de que todos son para el

ganador, ambos bandos emprendieron procesos judiciales en los tribunales del estado. Cada estado escogió los lugares donde esperaba tener más éxito, tanto en función de los problemas legales planteados allí como en su capacidad para impugnar esos tipos de votos en particular. Ninguno de los equipos de los candidatos pidió que se volvieran a contar los votos en todo el estado. A la postre, el caso fue llevado a la Corte Suprema de la nación para su resolución final, y ésta decidió que la cuenta se debía suspender y que se acataría la certificación original del resultado presentada por la secretaria de estado de Florida. Así fue como los 25 votos electorales de Florida fueron otorgados a George W. Bush, con lo cual logró la mayoría en el colegio electoral y obtuvo la presidencia.

EL MOVIMIENTO DE REFORMA

Una de las claras enseñanzas de la elección de 2000 fue que los problemas que se presentaron en Florida a causa de la administración del proceso electoral, la emisión de sufragios y la cuenta de votos, pudieron haber ocurrido en cierta medida en casi cualquier jurisdicción de los Estados Unidos. De ese modo se detectaron varios problemas, aun cuando es muy poco probable que vuelvan a tener la misma importancia, en virtud de que los resultados de las elecciones muy rara vez son tan cerrados como en la elección presidencial de 2000. Se comisionaron varios estudios y diversos paneles escucharon a testigos expertos y recibieron testimonios sobre la necesidad de una reforma. Aun cuando hubo ciertos elementos partidistas, tanto en la propuesta de revisión del sistema como en la de su ulterior reforma, la necesidad reconocida de entrar en acción antes de la elección de 2004 predominó sobre esos factores.

En 2002, el 107 Congreso aprobó la Ley para Ayudar a Estados Unidos a Votar (HAVA) que contiene varios elementos notables. Primero, el gobierno federal ofreció hacer pagos a los estados y localidades para que reemplacen las anticuadas máquinas de votación a base de tarjetas perforadas y palancas. Segundo, estableció una Comisión de Asistencia Electoral que provea ayuda técnica a los funcionarios

locales a cargo de las elecciones y defina normas para los dispositivos de votación. La Comisión de Asistencia Electoral propondrá lineamientos voluntarios para los sistemas de votación y para la prueba y certificación de equipo y programas de informática para el sistema de acceso de sufragios. El plan de trabajo de la comisión incluye también la creación de programas de investigación para estudiar el diseño de máquinas de votación y papeletas electorales, métodos de registro, métodos de



Izquierda: Diplomáticos estadounidenses y los miembros de sus familias sufragan como votantes ausentes en el consulado de los Estados Unidos en Bombay, India, el 17 de octubre de 2000.

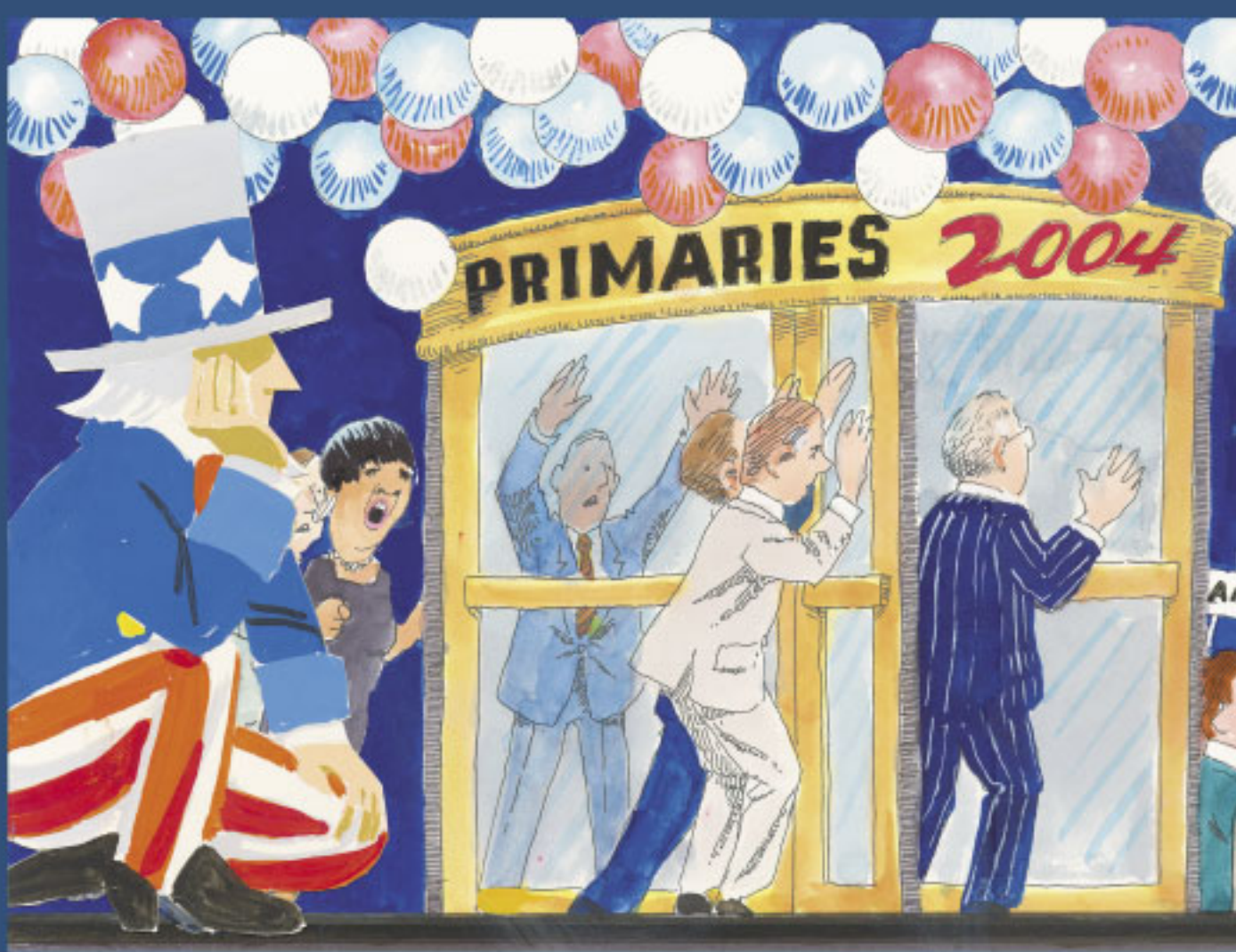
votación provisional y para prevenir el fraude, procedimientos para reclutar y capacitar trabajadores electorales, programas de educación para votantes, procedimientos para averiguar si se requiere más consistencia entre los procesos estatales de cuenta de votos asociados a cargos federales, y métodos alternativos para llevar a cabo elecciones de cargos federales.

La HAVA representa un cambio importante con respecto a la renuencia anterior del gobierno federal a involucrarse en lo que se ha interpretado como un asunto administrativo local. Pero en la secuela de la elección de 2000, sobre todo en la contienda por la Florida, este impulso de reformar los procedimientos ha ayudado a reafirmar la fe de los estadounidenses en su sistema electoral. Y los costos que esto implica son pequeños si se considera que las elecciones son la base que imparte legitimidad a una democracia operante. ■

Michael W. Traugott es profesor de estudios de comunicación y ciencias políticas en la Universidad de Michigan. Es coautor de The Voter's Guide to Election Polls and Election Polls, the News Media and Democracy. Su investigación actual se centra en el efecto de la reforma en la administración de las elecciones.



James Buchanan, demócrata (1857-1861)

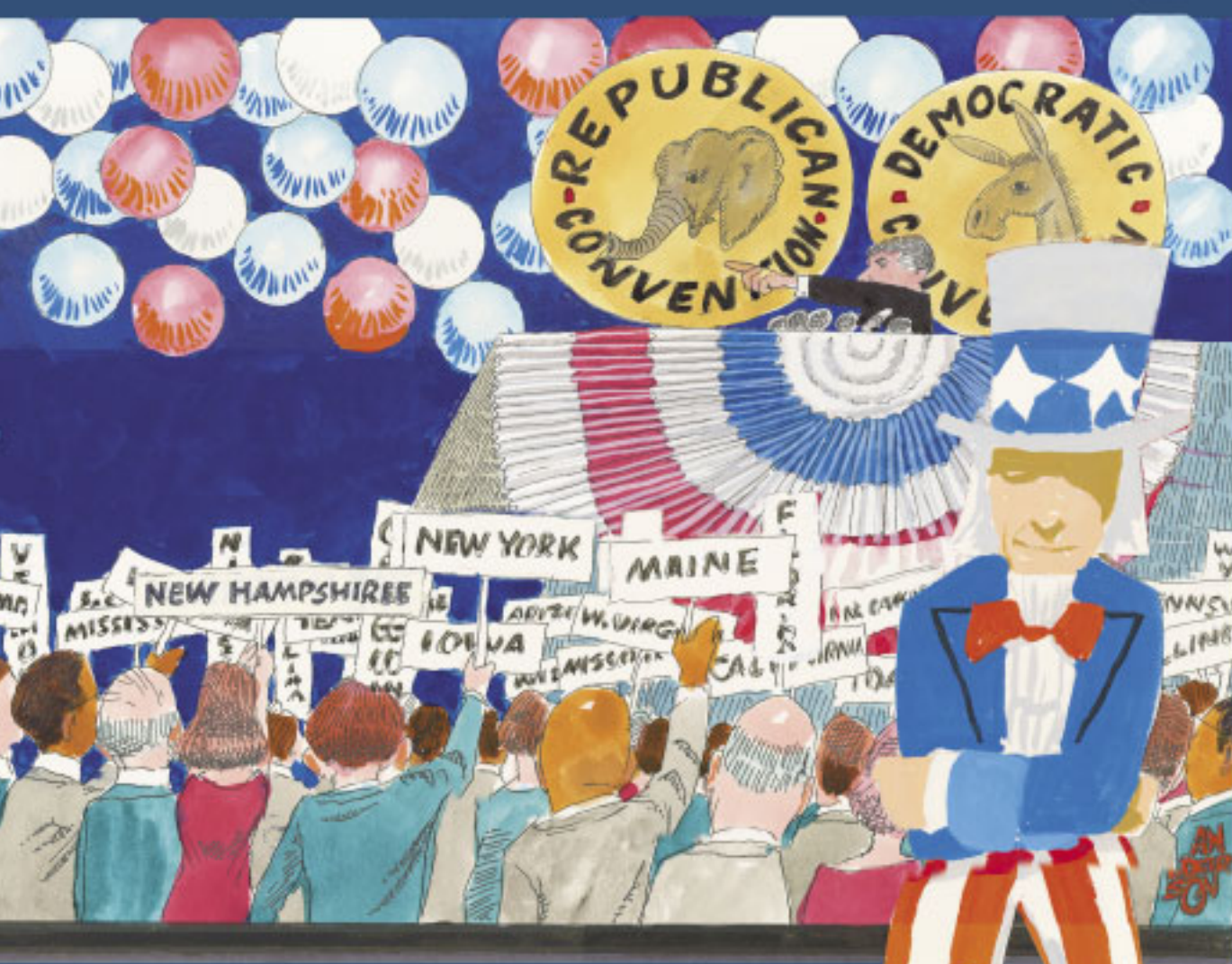


CRONOLOGÍA DE LAS 2004 ELECCIONES

FECHAS DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES PRIMARIAS, LOS COMICIOS Y LAS CONVENCIONES DE NOMINACIÓN

En los Estados Unidos, los comicios y las elecciones primarias de los partidos son esenciales para seleccionar a los candidatos a la presidencia. Este calendario muestra las primarias presidenciales y los comicios que culminarán con la elección nacional de 2004. Los comicios aparecen en tipo cursivo.

En este contexto, "comicios" se refiere generalmente a una reunión de los activistas políticos locales de cada partido en todo el estado, durante el proceso de la nominación presidencial. El propósito del sistema de comicios es mostrar, por medio de la selección de delegados, a cuál de los candidatos a la presidencia prefieren los miembros del partido en cada estado. Las primarias cumplen una función similar, pero son contiendas electorales directas que se realizan para escoger al candidato de un partido político a un cargo público en particular. Según lo disponga la ley estatal, los votantes emiten sus sufragios por el candidato presidencial de su preferencia o por delegados que se "comprometen" a apoyar a ese candidato a la presidencia en la convención del partido.



19 DE ENERO

Iowa

27 DE ENERO

Nueva Hampshire

3 DE FEBRERO

Arizona
 Delaware
 Missouri
 Oklahoma
 Carolina del Sur (demócrata)
 Nuevo México (demócrata)
 Dakota del Norte

7 DE FEBRERO

Michigan (demócrata)

8 DE FEBRERO

Maine (demócrata)

10 DE FEBRERO

Tennessee
 Virginia
 Distrito de Columbia (republicano)

14 DE FEBRERO

Distrito de Columbia (demócrata)
 Nevada (demócrata)

17 DE FEBRERO

Wisconsin

24 DE FEBRERO

Utah (demócrata)
 Hawai
 Idaho

2 DE MARZO

California
 Connecticut
 Georgia
 Maryland
 Massachusetts
 Nueva York
 Ohio
 Rhode Island
 Vermont
 Washington
 Minnesota

9 DE MARZO

Florida
 Louisiana
 Mississippi
 Texas

13 DE MARZO

Kansas (demócrata)

16 DE MARZO

Illinois

20 DE MARZO

Alaska (demócrata)
 Wyoming (demócrata)

13 DE ABRIL

Colorado (demócrata)

27 DE ABRIL

Pennsylvania

4 DE MAYO

Carolina del Norte
 Indiana

6-8 DE MAYO

Wyoming (republicano)

11 DE MAYO

Nebraska
 Virginia Occidental

15 DE MAYO

Wyoming (demócrata)

18 DE MAYO

Arkansas
 Kentucky
 Oregon



25 DE MAYO

Idaho

1 DE JUNIO

Alabama
 Dakota del Sur
 Nuevo Mexico

8 DE JUNIO

Montana
 Nueva Jersey

26-29 DE JULIO

Convención Nacional
 Demócrata, Boston

30 DE AGOSTO-2 DE SEPTIEMBRE

Convención Nacional
 Republicana, Ciudad de
 Nueva York

LA CAMPANA DE 2004 ENTREVISTA CON THOMAS MANN

POR
PAUL MALAMUD



Abraham Lincoln,
republicano
(1861-1865)



Andrew Johnson,
Unión
(1865-1869)

P: ¿Cuáles son los principales temas de la elección de 2004?

R: En el curso de toda campaña se toca una amplia variedad de temas, pero en la próxima elección presidencial parece muy probable que los asuntos clave sean dos. Uno es el bienestar de la economía, lo cual significa crecimiento económico, empleos, la situación general de la política fiscal de los Estados Unidos.

El segundo tema es la seguridad, la seguridad física. Esto se refiere a la sensación de bienestar de los norteamericanos versus el terrorismo en su país e implica la política de seguridad nacional, en particular la secuela de nuestras operaciones militares en Afganistán e Iraq.

P: ¿Al estadounidense ordinario le interesan los asuntos de política exterior?

R: El interés del público por la política exterior crece y decrece según el entorno internacional. En términos más generales, durante la Guerra Fría hubo épocas en que los estadounidenses tenían un profundo interés en la política exterior; sin duda, la Guerra de Vietnam llegó a ser un problema para la población. Creo que la razón por la cual la política exterior será importante en la elección de 2004 son los hechos ocurridos el 11 de septiembre. El ataque terrorista contra el Centro del Comercio Mundial y el Pentágono mostró con claridad a nuestro pueblo que no estamos tan seguros como creíamos, y la gran mayoría de nuestros ciudadanos respondieron en forma muy positiva al argumento del presidente Bush cuando dijo que debíamos dar la batalla contra los terroristas.

Los sucesos del 11 de septiembre significan que ahora los estadounidenses entienden que hay un nexo muy claro entre la seguridad en el país y nuestra política en el exterior, y es indudable que el espectacular aumento de popularidad del presidente entre el público nacional por el sentimiento general de que se mostró como un líder decidido, fue el fruto de sus acciones en política exterior y no de las iniciativas de la administración en el interior.

A partir del 11 de septiembre, los republicanos adquirieron una enorme ventaja en las encuestas de opinión, como el partido al cual confía el público



el manejo de la política de seguridad nacional, y conservar esa ventaja será uno de los factores clave para la reelección del presidente. Mermar esa ventaja es sin duda una de las metas de los demócratas en su intento de recuperar la Casa Blanca.

Las decisivas victorias militares obtenidas en Afganistán e Iraq por las coaliciones encabezadas por los Estados Unidos han traído consigo el desafío mucho más complejo de la reconstrucción de posguerra, dando a los críticos de la administración buenas oportunidades para hacer de esto uno de sus temas de campaña.

P: La elección presidencial anterior, en 2000, fue una reñida contienda entre Bush y Gore. ¿Cómo influye lo cerrado de esa votación en la táctica y la estrategia para la futura elección en 2004?

R: La elección presidencial de 2000 se resolvió con la decisión de 5 a 4 en la Corte Suprema para poner punto final a la cuenta de votos en el estado de Florida. Lo importante aquí fue que el resultado en 2000 reafirmó la evidente realidad de que somos una nación 50-50, dividida casi por partes iguales entre demócratas y republicanos en todos los niveles de los cargos públicos de elección y en el nivel del votante individual.

Por lo tanto, creo que las estrategias de los dos partidos anticipan una elección muy disputada en 2004. Ambos partidos comprenden la importancia de recurrir a sus fieles partidarios. Así, habrá un enorme esfuerzo para movilizar a cada uno de los votantes. Creo que vamos a ver un viraje fascinante, pues aunque se seguirán usando los recursos de la publicidad por televisión, se harán más esfuerzos para propiciar la identificación del votante y "extraerle su voto".

Los dos partidos y sus grupos de interés aliados harán enormes inversiones para conseguir que sus partidarios acudan a las urnas. Los demócratas pueden aprovechar el descontento de sus partidarios más fieles por el resultado obtenido en Florida en 2000, como una fuerza motivadora para que su gente se presente a votar.

No obstante, vale la pena recordar que en las elecciones de medio período de 2002 para los escaños del Congreso, los republicanos ganaron la batalla de la asistencia a las urnas: tuvieron mucho más éxito en la movilización de sus partidarios y eso explicó en gran parte su éxito en esas elecciones.

P: ¿Cómo logran los partidos que los electores acudan a votar?

R: En otros países donde el sufragio es obligatorio o hay un índice muy alto de participación electoral, estas consideraciones no se presentan en la misma forma, pero en los Estados Unidos, donde una participación de 50% del electorado en edad de votar se considera normal en las elecciones presidenciales, es muy importante todo lo que se haga para tratar de motivar a los ciudadanos a que ejerzan el sufragio.

Ahora bien, si se pregunta a qué se debe que los estadounidenses voten o se abstengan de hacerlo, el factor más importante tiende a ser la información. ¿Saben los posibles votantes que se acerca una elección? ¿Saben quiénes son los candidatos? ¿Saben cuáles son las diferencias entre los candidatos y entre los partidos? En segundo lugar, ¿tienen nexos con alguno de los partidos? ¿Se vinculan de alguna manera a las fuerzas que se enfrentan en las elecciones?

En tercer lugar, ¿alguien les ha pedido que voten? ¿Han tenido contacto personal con alguien que les haya informado dónde se localizan los centros de votación, cuándo se deben presentar a votar y otras cosas de ese tipo? Este último factor es el centro focal de los esfuerzos para incitar al voto.

Lo que se requiere para el éxito de esos esfuerzos es construir la organización en el nivel local, usar archivos computarizados para identificar a los probables partidarios, comunicarse con ellos por teléfono, por correo y por contacto personal en el mejor de los casos, de preferencia por medio de una fuente fiable —un compañero de trabajo o alguien de su comunidad— y después, el día de



la elección, efectuar llamadas de seguimiento para confirmar que acudirán a las urnas y, en ciertos casos, ofrecerles transporte a esos lugares. Esto es en verdad un esfuerzo extraordinario.

P: Como es natural, la movilización es más eficaz con el núcleo de sus partidarios. ¿Cuál es el núcleo de partidarios de cada partido?

R: El análisis demográfico del Centro de Estudios Políticos de la Universidad de Michigan [<http://www.umich.edu/~nes/nesguide/nesguide.htm>] teoriza sobre las diferencias entre las bases de cada uno de los partidos políticos. Resulta que los partidarios más decididos de los demócratas son afroestadounidenses. Ellos suelen votar por los demócratas en proporción de 9 a 1. Los hispanos también tienden a apoyar a los demócratas, aunque por un margen de 2 a 1 o menos. Las familias sindicalistas votan en forma desproporcionada a favor del Partido Demócrata. Los electores de la clase trabajadora de bajos ingresos tienden a votar más por los demócratas, aunque algunos son conservadores sociales y una porción sustancial de ellos se siente atraída a veces por candidatos republicanos. Los intereses sociales y culturales explican en gran parte el hecho de que los varones blancos de la clase obrera y de clase media estén a favor del Partido Republicano.

Las personas divorciadas y las familias de un solo progenitor tienden a ser más demócratas, mientras que las parejas casadas tradicionales tienden a ser más republicanas. La filiación religiosa, así como la práctica y la asistencia al culto, son indicios poderosos de quienes forman parte de la base electoral republicana. Cuanto más a menudo asiste alguien a los servicios religiosos, tanto más probable es que sea republicano y que vote por ese partido. La gente no religiosa tiende a ser demócrata.

Las personas de altos ingresos son de orientación republicana. Esto cobra especial validez entre los que se dedican al comercio, desde pequeños empresarios hasta ejecutivos de corporaciones. Sin embargo, los

profesionales de nuevo cuño –con muy esmerada educación y poseedores de títulos académicos– votan cada vez más por los demócratas.

Por último, hay una diferencia geográfica en la base de cada uno de los partidos. La llamamos la división de “los estados rojos y azules”, por la forma en que se mostró en televisión cómo quedó dividido el mapa de los Estados Unidos después de la última elección presidencial. Los estados pintados de azul en el mapa votaron por los demócratas; se concentran en las costas del este y el oeste, y en la hilera de estados del norte. Los estados rojos, o republicanos, tienden a estar ubicados en el Sur, en los estados de granjas rurales y de las montañas Rocallosas, así como en algunos estados del Oeste Medio. También se puede observar la filiación partidista dentro de los estados. Los demócratas suelen tener sus bases en las ciudades y en los suburbios internos. Los republicanos tienen más fuerza en los suburbios externos y en las áreas rurales.

Los demócratas han adquirido más fuerza en las áreas de alta tecnología que están en crecimiento, mientras que los republicanos tienen más presencia en ciertas regiones del país que en realidad han perdido población: algunas de las áreas rurales. Los republicanos han tenido mucho éxito en los suburbios sureños de todo tipo, incluso en las zonas de rápido crecimiento como la que está en los alrededores de Atlanta (Georgia).

En suma, se podría pensar que el republicano es el partido de los conservadores religiosos y culturales; los hombres y mujeres de negocios; el Sur, los estados montañosos y el Oeste Medio; así como los suburbios externos y las áreas rurales. Los partidarios demócratas incluyen a minorías; laicos y liberales sociales; familias sindicalistas; residentes de grandes ciudades con bajos ingresos; y las costas del Este y el Oeste. Por supuesto, todas estas clasificaciones se basan en tendencias generales. Entre todos los grupos demográficos hay diversidad en materia de orientación política.

P: ¿A qué ventajas y desventajas se enfrentan los presidentes en funciones en las elecciones?

R: En primer lugar, es un hecho histórico que la mayoría de los presidentes en el cargo que buscan la reelección han tenido éxito. Por supuesto, no todos lo han logrado. De hecho, en la historia reciente hemos visto a varios que no tuvieron éxito. El primer presidente Bush en 1992 y el presidente Carter en 1980 no lograron ganar la reelección. Lo mismo sucedió con Gerald Ford, quien llegó a la presidencia sin haber sido elegido y luego falló en su campaña de reelección en 1976.

Sin embargo, en general, los presidentes tienden a ganar un segundo período. Esto se debe, en parte, a que en las primarias se sustraen con frecuencia a los desafíos que pudieran perjudicar su candidatura al poner de relieve sus puntos débiles. No obstante, el primer presidente Bush, el presidente Carter y el presidente Ford tuvieron que enfrentar desafíos de campaña en las primarias. El hecho de que el presidente actual, George W. Bush, no se enfrente a ningún competidor por la nominación republicana es una enorme ventaja para él.

En segundo lugar, los presidentes en funciones están en condiciones de dominar lo que Theodore Roosevelt llamó “el púlpito del bravucón”, es decir, pueden establecer la agenda de actividades y enfocar la atención del público en los asuntos más favorables a ellos. En ciertas ocasiones, por medio de actividades de política exterior y en asuntos económicos internos, ellos están en condiciones de cambiar la realidad, sobre la marcha, en la forma que les resulte más conveniente para ser elegidos. También les resulta más fácil –a los mandatarios en el cargo– recaudar fondos y acumular recursos. Cuentan con beneficios que pueden distribuir entre los activistas del partido que les brinden alguna ventaja en la elección misma.

Ahora bien, la desventaja del mandatario en funciones es que existe la tendencia de acreditar a los presidentes todas las cosas buenas que suceden durante su



*Ulysses S. Grant,
republicano
(1869-1877)*



*Rutherford B. Hayes,
republicano
(1877-1881)*



mandato y a culparlos de las cosas malas, sin importar que merezcan o no el crédito o la condena. Por eso, ocupar la presidencia en una buena época es un camino a la reelección, pero ser el mandatario en el cargo cuando la economía va mal o cuando la política exterior se ha estropeado es una clara desventaja. En muchos aspectos, las elecciones son plebiscitos sobre la percepción que se tiene del rendimiento de la administración actual.

Si son buenos tiempos, el presidente tendrá una ventaja; si la época es mala, tendrá sin duda una desventaja.

P: La base política del Sr. Bush como presidente se percibe con claridad. Por otra parte, la mayoría de los contendientes demócratas han ocupado diferentes cargos públicos: congresista, senador, gobernador de un estado, general de las fuerzas militares. ¿Cómo influyen esos puestos en sus posibilidades de llegar a la presidencia?

R: Se afirma que la mayoría de los miembros del Senado de la república, cuando se levantan cada mañana y se miran al espejo ven a un posible presidente. Sin embargo, como se dice, muchos senadores son “llamados”, pero pocos son los elegidos. La última persona que salió del Senado para ganar la presidencia fue John Kennedy en 1960. Desde entonces varios senadores han ganado la nominación, pero han perdido la elección. Entre ellos figuran Bob Dole en 1996 y George McGovern en 1972. Así pues, resulta que el Senado no es una plataforma de lanzamiento especialmente atractiva para la elección presidencial.

La mayoría de los candidatos que han llegado a la presidencia ocuparon antes el cargo de vicepresidente o gobernador. La vicepresidencia es una base natural para quien aspira a ser presidente, pese a lo cual el vicepresidente en funciones no siempre tiene éxito, como lo comprobó Al Gore en 2000. El cargo de gobernador ha demostrado ser un terreno especialmente fértil para contender por la presidencia, siendo el caso más reciente el de George W. Bush y, antes de él, Bill Clinton, Ronald Reagan y Jimmy Carter. Hay en realidad

un expediente extraordinario. La carrera militar fue un fértil terreno de reclutamiento para los presidentes en el siglo XIX, pero en la era moderna sólo Dwight Eisenhower logró pasar de comandante militar a comandante de la nación.

P: ¿Qué influencia tendrán las leyes de financiamiento de las campañas en el resultado de esta elección?

R: George Bush fue el primer candidato presidencial elegido que rechazó los fondos públicos a la par (del gobierno federal) en el proceso de nominación, en 2000. Por eso no estuvo obligado a respetar los límites de gastos que ordenaba la ley en esa época. En consecuencia, en el año 2000 recaudó más de 100 millones de dólares y gastó más que su opositor demócrata. Eso no se le habría permitido si hubiera aceptado fondos públicos. En 2004, cuando los límites a las aportaciones individuales para los candidatos se han duplicado de 1.000 a 2.000 dólares, de acuerdo con la ley, Bush renunciará de nuevo en su campaña a los fondos públicos a la par y recaudará contribuciones hasta de 200 millones de dólares en el proceso de nominación.

Sin que nadie le dispute a Bush la nominación republicana, los que están a cargo de la campaña del presidente podrán usar ese dinero para definir en sus propios términos, frente al público, la figura del candidato demócrata a la presidencia y para empezar a construir la campaña de organización local destinada a inducir el voto en forma favorable a su causa en las elecciones generales. Esto es una enorme ventaja.

Ninguno de los candidatos demócratas ha mostrado la misma habilidad para recaudar tales montos de dinero en la temporada de las primarias del partido. Si aceptan los fondos públicos a la par, estarán obligados a gastar un monto cercano a los 50 millones; la mayor parte de esa suma la gastarán al inicio de la campaña para las primarias en 2003, y en los primeros meses de 2004 para tratar de ganar la nominación. Después, tendrán poco o ningún dinero para el resto del período, una vez que se haya perfilado un candidato en la convención de su partido. En vista de esta posible disparidad, habrá que observar si uno o varios de los candidatos demócratas

rechazan los fondos públicos a la par y optan por recaudar y gastar todo el dinero que puedan obtener.

Una vez que terminan las campañas primarias y las convenciones de nominación del partido se llevan a cabo, los candidatos deben tomar la decisión de si aceptarán o no fondos públicos para la elección general. Se espera que tanto el presidente Bush como el candidato demócrata acepten los fondos públicos a la par.

P: ¿Es tan grande la influencia del dinero en el resultado de las contiendas por la presidencia?

R: El efecto del dinero a este respecto es más fuerte en algunas contiendas y en ciertas situaciones que en otras. Su importancia es extrema en las contiendas por la Cámara, en las del Senado de la república y en las de gobernador, ya que se requiere mucho dinero para que el aspirante llegue a ser conocido por los votantes y tenga en verdad la oportunidad de romper el velo del anonimato que envuelve a la mayoría de ellos.

Es importante en el proceso de la nominación presidencial, donde la mayoría de los candidatos son relativamente desconocidos y necesitan dinero para publicitar su persona y su plataforma, y para formar su organización. En la elección general tiende a ser menos importante porque los medios informativos dedican a la contienda cierto grado de atención “gratuita” por la importancia que tiene a esas alturas. Se presentan debates por televisión. En buena medida, la gente se basa en su identificación con los partidos al evaluar a los candidatos. Sin embargo, el dinero puede tener una influencia marginal cuando la elección es muy competitiva.

P: ¿Bastará que el candidato presidencial del Partido Demócrata critique al presidente Bush como mandatario en funciones o será necesario que los demócratas propongan algún tema de carácter positivo para ganar la elección de 2004?

R: Para tener éxito, los demócratas necesitan dos cosas. La más importante de ellas, por amplio margen, es plantear una razón por la cual los votantes le nieguen a George Bush un segundo período. Más que un programa alternativo, se trataría de un plebiscito negativo sobre la calidad de la situación



James K. Garfield,
republicano
(1881)



Chester A. Arthur,
republicano
(1881-1885)

del país bajo el liderazgo de George Bush.

Para que los demócratas tengan una posibilidad de recuperar la Casa Blanca y recobrar el control del Congreso, será necesario que muchos votantes expresen un sentimiento parecido a éste: "Me siento menos seguro de mi bienestar económico y de mi integridad física a raíz del éxito ambiguo de la guerra contra el terrorismo y por la confusa situación en Iraq". Esto será una condición necesaria, aunque tal vez no suficiente, para que los demócratas ganen la Casa Blanca en 2004.

En segundo lugar, los demócratas tienen que cruzar un umbral de credibilidad. Es preciso que presenten un candidato a quien el pueblo estadounidense quiera confiar la protección de su seguridad y la tarea de seguir un rumbo de políticas que no sea alocado o extremista, y que no parezca ofrecer más riesgos que oportunidades a los norteamericanos.

Así pues, los demócratas tendrán que designar en efecto a un candidato que proponga una estrategia de seguridad nacional plausible, una estrategia económica y de política interna plausible. La mayoría de los estadounidenses no van a hacer una comparación directa entre las recomendaciones de política del presidente Bush y las de los demócratas. En lugar de eso, en caso de que la población considere que el expediente del presidente no justifica del todo la renovación de su mandato, optarán por examinar más de cerca el de los demócratas y preguntarán: "¿podemos confiar en ellos?". Allí es donde el partido de oposición podría tener una opción positiva factible.

P: Según un viejo adagio, los candidatos adoptan en las primarias presidenciales posiciones más extremas a fin de complacer a las bases de sus partidos: los demócratas más a la izquierda y los republicanos más a la derecha. ¿Ocurre así en realidad y, en tal caso, influirá esto en el comportamiento político durante el año próximo?

R: Los candidatos presidenciales que han tenido éxito en las últimas elecciones no han sido presa de esa tendencia. Por ejemplo, en 2000, George Bush halló la forma de contender por la nominación

republicana ofreciendo a los miembros de su base conservadora una política sustantiva que los complació en alto grado, pero con una retórica de moderación y compasión que lo libró de ser caracterizado como excesivamente conservador o de extrema derecha después de ganar la nominación.

Bill Clinton rechazó en su propio partido el enfoque tradicional de izquierda contra derecha, y trató de atraer en otras formas tanto a los votantes de la base como a los indecisos. Los activistas sí tienden a ser más extremistas en su ideología durante las primarias, hacia la derecha en el caso de los republicanos y a la izquierda en el de los demócratas; sin embargo, es posible enmarcar las exhortativas y los temas en formas que no dañen necesariamente su posición en la campaña para la elección general.

P: ¿Cree usted que la Internet vaya a tener un papel más importante en esta elección presidencial?

R: La forma de concebir la Internet en este contexto no es como una modalidad de la comunicación masiva ni como un sustituto de la publicidad por televisión. De hecho, ha llegado a ser importante para la organización de la campaña en: reclutamiento y organización de voluntarios, recaudación de fondos, coordinación de actividades en la comunidad y difusión de información para los partidarios. Howard Dean se ha inspirado en el éxito de John McCain en la elección de 2000 al recaudar sumas apreciables de dinero a través de la Internet. Dean y otros candidatos del Partido Demócrata la usan ahora como un recurso para construir la organización.

Por su parte, las fuerzas de Bush también entienden la importancia de la Internet y la han usado en forma activa para recaudar dinero, forjar sus organizaciones locales y asegurarse de contar con un medio para comunicarse con los activistas republicanos de un modo que inspire a la gente y asigne con eficacia los recursos.

Así pues, en esos aspectos, la Internet será una fuerza importante en esta elección.

P: Por supuesto, también habrá elecciones para la Cámara y el Senado, además de la elección presidencial. ¿Qué puede decir de esas contiendas?

R: De momento no nos parece que se

esté fraguando un triunfo arrollador de ninguna de las partes. Parece más probable que vaya a ser una elección competitiva.

El Partido Republicano ha sido el de la mayoría en la Cámara de Representantes desde la elección de 1994. También tuvieron una estrecha mayoría en el Senado, que luego perdieron por corto tiempo cuando el senador republicano Jim Jeffords defecionó de su partido y se hizo independiente. Los republicanos recobraron la mayoría en el Senado en la elección de 2002. Al examinar la estructura de las elecciones para la Cámara y el Senado, la conclusión de muchos analistas es que los republicanos conservarán quizá esa mayoría por todo el resto de la década, a menos que una marejada imprevista cambie las cosas a favor del Partido Demócrata.

En parte, eso es resultado de la disminución del número de distritos electorales competitivos en la Cámara de Representantes, lo cual es consecuencia de muchos factores. En los últimos años, esto se ha debido, en parte, al éxito obtenido por los republicanos al aprovechar el proceso de redefinición de distritos en el nivel estatal para asignar con más eficacia a sus votantes entre todos los distritos del Congreso. Es probable que en la próxima elección sólo sea reñida la contienda por el 10 por ciento de los 435 escaños de la Cámara que serán disputados. Y con la ventaja de los republicanos por ser el partido en el poder, por recolectar más dinero y por su éxito en la redefinición de distritos, ellos tienen a su favor las probabilidades de conservar su posición mayoritaria.

En los escaños del Senado hay más demócratas que republicanos. Recuérdese que, en un año de elecciones cualquiera, un tercio de los miembros del Senado aspiran a la reelección. Hay más demócratas en esa situación y esos escaños tienden a corresponder a los estados "rojos" (más conservadores), los cuales fueron ganados por George Bush en 2000.

Así, sólo con una victoria presidencial avasalladora en su favor podrían tener los demócratas la oportunidad de llegar a ser el partido de la mayoría en el Congreso



Grover Cleveland,
demócrata
(1885-1889) (1893-1897)



LAS ELECCIONES DEL CONGRESO

POR
JOHN H. ALDRICH

Aun cuando los medios informativos enfocarán casi toda su atención en la elección presidencial de 2004, los estadounidenses votarán al mismo tiempo para elegir a miles de personas que ocuparán los más diversos cargos públicos. En particular, las elecciones para el Congreso de la república pueden ser tan competitivas como la campaña presidencial y casi de igual importancia. En el presente, es muy estrecho el equilibrio del poder en el Congreso entre los dos principales partidos políticos. De hecho, los republicanos tienen una mayoría de sólo 12 escaños (de los 435) en la cámara baja, la Cámara de Representantes, y sólo 51 de los 100 asientos del Senado, la cámara alta.

Las elecciones del Congreso son importantes por el papel protagonista que éste desempeña en la elaboración de políticas. A diferencia del sistema parlamentario, el sistema estadounidense dispone la separación de poderes entre el Congreso y el presidente. Todas las leyes son redactadas en el Congreso y deben ser aprobadas por él. También a diferencia de los sistemas parlamentarios, la disciplina partidista es a menudo menos estricta. Los miembros del Congreso están en libertad de votar por las políticas de acuerdo a su criterio, e incluso según lo que consideran mejor para lograr su propia reelección. El resultado es que los líderes del Congreso deben formar su coalición ganadora atrayendo a uno por uno de los miembros, en lugar de contar con el apoyo unificado de partidos muy disciplinados, con lo cual cada victoria o derrota en esta institución es importante para los dos partidos.



Benjamin Harrison,
republicano
(1889-1893)

Las elecciones separadas e independientes para cada cargo crean la posibilidad de que un partido controle el Congreso, al tiempo que un miembro del otro partido sea el presidente. Esto se conoce como gobierno dividido y ha llegado a ser muy común. Partidos diferentes han controlado la Cámara y la presidencia en 16 de los últimos 24 años. Los republicanos han tenido la mayoría en la Cámara desde 1994. También controlaron el Senado de 1994 a 2000, los seis últimos de los ocho años que duró la administración del presidente demócrata Bill Clinton.

Al final de las elecciones de 2000, los republicanos habían ganado la presidencia y conservaron la mayoría en la Cámara. Sin embargo, ambos partidos conservaron 50 escaños en el Senado. La Constitución concede al vicepresidente (el republicano Dick Cheney) el voto decisivo en caso de empate en el Senado, por lo cual los republicanos conservaron la mayoría por el más pequeño de los márgenes después de la elección del 2000 y obtuvieron así el control unificado del gobierno federal.

En junio de 2001, el senador republicano James Jeffords se separó del Partido Republicano, haciendo que el control del Senado volviera a ser de los demócratas y que hubiera de nuevo un gobierno dividido. A su vez, los demócratas perdieron esa minúscula mayoría en la elección del 2002, devolviendo a los republicanos el control unificado.

CÓMO SE ESCOGE AL CONGRESO

La Cámara y el Senado tienen casi las mismas facultades, pero sus métodos de elección son muy diferentes. Los Fundadores de la república estadounidense querían que los miembros de la Cámara estuvieran cerca del público y, al legislar, reflejaran con más fidelidad los deseos y las ambiciones del electorado. Por esa razón, los Fundadores decidieron que la Cámara fuera relativamente numerosa y tuviera elecciones frecuentes (cada dos años). Al principio, algunos pensaron que los períodos de dos años eran demasiado largos. Hoy es más común la preocupación de que las elecciones frecuentes hacen que los funcionarios siempre estén conteniendo en pos de

la reelección y, por lo tanto, rara vez se preocupan por buscar el bien de la nación pues sólo les interesa hacer lo mejor para su futuro éxito electoral.

Cada escaño de la Cámara representa un electorado geográfico y cada miembro es elegido por un distrito único o “de un solo miembro” según la regla de mayoría relativa; es decir, el candidato que recibe más votos gana la elección. Cada uno de los 50 estados tiene asegurado por lo menos un asiento en la Cámara, y el resto se asigna entre todos según su población. Por ejemplo, Alaska tiene poca población y, por lo tanto, sólo ocupa un asiento en la Cámara. California es el estado más grande y ocupa 53 escaños en la actualidad.

El Senado fue creado para representar a los estados y, de hecho, los senadores eran seleccionados al principio por las legislaturas estatales. No fue sino hasta 1913, con la aprobación de la Decimoséptima Enmienda a la Constitución, cuando los senadores empezaron a ser elegidos directamente por los votantes de sus estados. Cada estado tiene dos senadores elegidos para períodos de seis años, y un tercio de los escaños del Senado son susceptibles de reelección cada dos años. En efecto, entonces los senadores son elegidos por mayoría relativa de votos de los electores y un estado hace las veces de un distrito de un solo miembro.

En las elecciones en las que la decisión se somete a la regla de mayoría relativa, sobre todo de distritos de un solo miembro, es muy probable que se produzca un sistema en el que haya exactamente dos partidos políticos principales. Esto es así porque cualquier candidato de un tercer partido tiene muy pocas probabilidades de ganar. Los votantes prefieren no “desperdiciar” sus votos en lo que ven como una campaña sin esperanza y, por lo tanto, los candidatos que desean ganar la elección se abstienen de afiliarse a los partidos que no tienen posibilidades. En virtud de que no hay una “representación periférica”, las voces minoritarias tienden a estar representadas dentro de alguno de los dos partidos fuertes, y no por grupos separados de éstos que suscriban opiniones menos populares. A lo largo de su historia, Estados Unidos nunca ha tenido más de dos grandes



120

100

CICLO ELECTORAL DE DOS AÑOS

MILLONES DE DÓLARES

80

60

40

20

0

1983-84 1985-86 1987-88 1989-90 1991-92 1993-94 1995-96 1997-98 1999-00

FIGURA 1:
CONTRIBUCIONES DE COMITÉS DE ACCIÓN POLÍTICA PARA LAS CAMPAÑAS DE LA CÁMARA DE LOS ESTADOS UNIDOS, 1983-2000

Fuente: U.S. Statistical Abstract



FIGURA 1

partidos. Hoy, incluso en el apogeo de lo que se conoce como las elecciones “centradas en los candidatos”, a menudo los terceros partidos y sus candidatos pueden tratar de triunfar en las elecciones, pero muy rara vez lo logran. Después de las elecciones de 2002, sólo dos de los 435 miembros de la Cámara de la república eran independientes, y no había más que un senador independiente entre los 100 miembros del Senado. Todos los demás escaños de ambas cámaras fueron ganados por miembros del Partido Republicano o el Partido Demócrata, los dos partidos principales de este país desde 1860.

FACTORES QUE INFLUYEN EN LAS ELECCIONES DEL CONGRESO

Durante la mayor parte de la historia de los Estados Unidos, las elecciones del Congreso estuvieron “centradas en los partidos”. En virtud de que la mayoría de los votantes tenían una lealtad duradera hacia uno u otro partido político, tendían a otorgar sus votos

de acuerdo con líneas partidistas. Los miembros del Congreso eran reelegidos con frecuencia y a veces se mantenían en sus puestos varias décadas porque la mayor parte de sus electores brindaban su apoyo al partido. Sus esfuerzos como funcionarios individuales solían tener una influencia sólo marginal para reforzar o debilitar ese apoyo. En años más recientes, la personalidad y la temática de los candidatos han surgido como elementos que se suman al impacto de la lealtad al partido.

De hecho, desde la década de 1960, las elecciones nacionales se centran cada vez más en los candidatos. La capacidad de éstos para hacer sus campañas por televisión, recaudar enormes sumas de dinero y realizar las encuestas y demás elementos de la política moderna, ha hecho que el votante esté más consciente del candidato como individuo. El resultado es que, además de ponderar su lealtad partidista, el votante tiende a considerar

su impresión personal de los puntos fuertes y débiles de los dos candidatos.

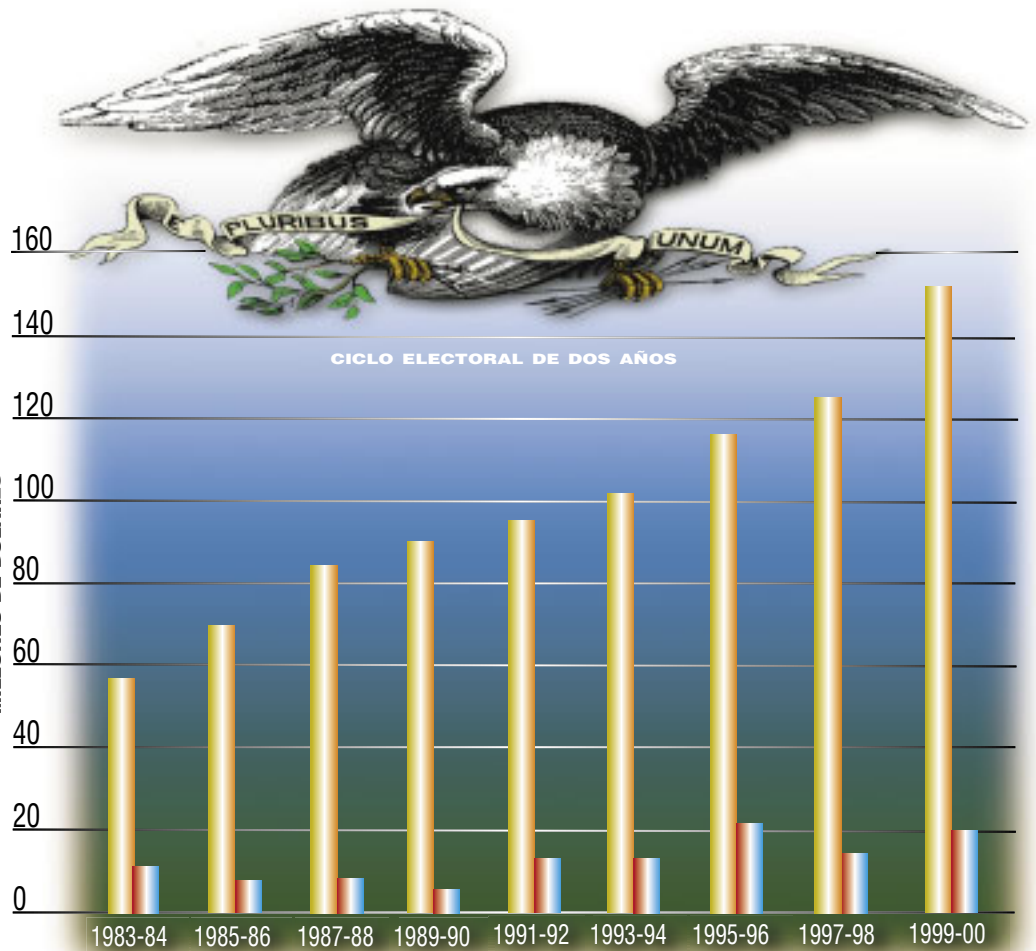
El voto centrado en el candidato es una ventaja importante para los miembros actuales del Congreso. En general, éstos tienen mucho mayor exposición en la televisión y en la prensa que sus contendientes. Con mayor exposición en los medios informativos y una influencia considerable sobre las políticas públicas, los candidatos en funciones pueden recaudar también mucho más dinero para el financiamiento de sus campañas. Por éstas y otras razones, los funcionarios que contienden por la reelección tienen muchas probabilidades de ganar. En 2002, 398 miembros de la Cámara contendieron por la reelección y sólo 16 fueron derrotados, al tiempo que fracasaron sólo tres de los 26 senadores que contendieron por la reelección. Con un índice de reelección de 88 por ciento para el Senado y 96 por ciento para la Cámara, es justo decir que las elecciones en el Congreso no sólo se centran en los candidatos, sino también

El vicepresidente Dick Cheney deposita un voto decisivo en el Senado de Estados Unidos el 23 de mayo de 2003, en su papel de presidente pro tempore de ese organismo.



El veterano senador demócrata por Virginia Occidental, Robert Byrd, habla con un grupo al salir del recinto del Senado en 2003.

**FIGURA 2:
CONTRIBUCIONES
DE LOS COMITÉS DE
ACCIÓN POLÍTICA
PARA CANDIDATOS
EN FUNCIONES
DE LA CÁMARA DE
EE.UU. Y SUS
CONTENDIENTES
1983-2000**



dependen del hecho de que éstos sean los titulares de los cargos en disputa.

Con más dinero y mayor cobertura en los medios, los funcionarios ganan porque el electorado ya los conoce, mientras lo más común es que no conozca a sus opositores. Las encuestas han mostrado que más de nueve de cada diez personas conocen el nombre de su representante actual en la Cámara o el Senado, pero apenas poco más de la mitad de ellas conoce el nombre del aspirante principal, incluso al final de las campañas. Por el hecho de ser tan poco conocidos, a los aspirantes les resulta muy difícil convencer a la gente que tiene dinero de que es conveniente patrocinarlos. Esto crea un lamentable ciclo en el que algunos candidatos que podrían ser fuertes optan a menudo por no competir contra los funcionarios actuales, y los "aspirantes sin esperanza" que deciden contender no consiguen reunir dinero para poner en marcha sus campañas.



*William McKinley,
republicano
(1897-1901)*

El monto de los fondos que los comités de acción política (CAP) aportan a los candidatos al Congreso denota que en la elección de sus miembros son muy importantes el dinero, el partido y el hecho de que sean congresistas en funciones. Las aportaciones de esos comités a los dos partidos principales entre 1983 y 2000 (el último año para el cual se dispone de datos) se aprecian en la figura 1 (pág. anterior) que ilustra el incremento general en la afluencia de dinero para las elecciones en ese período. Conviene observar también que los demócratas tuvieron una ventaja notable en el apoyo de los CAPs hasta 1994, es decir, en los años en que eran el partido de la mayoría. En los tres últimos ciclos de elecciones, los republicanos alcanzaron a los demócratas en términos de apoyo de los CAPs. Con una competencia tan reñida, ambos partidos reciben hoy prácticamente el mismo monto de aportaciones de esos comités.

La figura 2 (arriba) muestra los donativos de los CAPs para los funcionarios actuales y sus contendientes en

el mismo período. La ventaja masiva de los funcionarios en la recaudación de fondos es patente en cada elección. De hecho, la suma que los CAPs aportan a funcionarios ha registrado un claro aumento en los dos últimos decenios, mientras que los fondos destinados a sus contendientes han aumentado en mucho menor grado. Esta cifra, por sí sola, sugiere por qué es tan alta la proporción de funcionarios que logran la reelección.

Cuando los aspirantes se dan a conocer ante los votantes, es mucho más probable que éstos vean a los dos candidatos en un plano de mayor igualdad y voten por el que, a su juicio, transmita el mensaje más convincente.

¿Qué propuestas son más efectivas en las elecciones para el Congreso? También esto ha cambiado, sobre todo en las elecciones más recientes.

Hasta hace poco, las elecciones del Congreso se decidían en general a partir de las inquietudes e intereses específicos de cada distrito, y no en función de los asuntos nacionales. Así

solía ser, sobre todo en las “elecciones de medio período”, es decir, las que tienen lugar a la mitad del período de cuatro años del presidente y, por lo tanto, no tienen el enfoque nacional propio de una campaña presidencial. Este enfoque local de las elecciones encaja muy bien con la llegada de las elecciones centradas en los candidatos, pues permite que éstos adapten sus propuestas a sus respectivos distritos.

Las elecciones de 1994 fueron un momento decisivo. El Partido Republicano logró la mayoría en el Senado y ganó en forma asombrosa 52 escaños del Partido Demócrata en la Cámara para alzarse con una mayoría en ese recinto por primera vez en 40 años. Parte de la estrategia de su líder, el presidente de la Cámara, Newt Gingrich, fue un programa legislativo de diez puntos conocido como el Contrato con los Estados Unidos. Ese contrato había sido respaldado por la gran mayoría de los candidatos republicanos a la Cámara desde las primeras etapas de la campaña y cobró especial importancia después de la elección. Gingrich prometió –con bastante buen éxito– que la nueva mayoría republicana lograría que la legislación inspirada en el contrato fuera aprobada por la Cámara en el lapso pasmosamente breve de 100 días. Esta perspectiva elevó el perfil del Partido Republicano y el de sus líderes. De ese modo se estableció una norma según la cual los asuntos nacionales y una especie de plataforma nacional del partido serían una parte ordinaria de las campañas de medio período.

Las dos elecciones de medio período realizadas después de 1994 fueron tan sorprendentes como las elecciones de aquel año. En 1998, por primera vez desde 1934, el partido de un presidente en funciones ganó escaños en la Cámara (en este caso, cinco asientos y seis asientos, respectivamente) al partido de la oposición. Aunque los republicanos conservaron su mayoría en el Congreso, se consideró que, en rigor, perdieron las elecciones de 1998. Muchos miembros del partido culpaban de esa “derrota” al hecho de que éste no adoptó una posición clara frente a los asuntos nacionales. Los demócratas no lograron ganar escaños ni obtuvieron la mayoría en 2002 y una vez más,

con razón o sin ella, muchos líderes del partido atribuyeron la derrota a la incapacidad del partido para establecer una plataforma nacional.

LAS ELECCIONES DEL CONGRESO EN 2004

Los espectaculares giros y virajes de las elecciones del Congreso en el último decenio dificultan los pronósticos. En realidad, es muy posible que los puntos más importantes sean que el viejo estilo de hacer campaña ya no es el más eficaz y que los votantes están en vías de modificar su forma de tomar decisiones. Sin embargo, hay que indagar varias cosas acerca de 2004.



La pregunta más apremiante para 2004 es si los demócratas podrán ganar suficientes escaños para recuperar la mayoría en la Cámara. En el Senado habrá sólo 34 asientos abiertos a la elección, 19 de los cuales están ocupados ahora por demócratas. Además, un número menor de republicanos tuvieron fuerte competencia la última vez y 22 contiendas serán en estados donde George W. Bush ganó en 2000. Por lo tanto, no parece probable que los demócratas puedan augurar que ganarán siquiera un escaño en el Senado. En consecuencia, la mayoría republicana en esa institución parece estar segura y la atención se desviará hacia la Cámara.

Ambos partidos están haciendo todo lo posible por reclutar a los candidatos más fuertes y movilizar recursos para las elecciones de la Cámara. Es mucho lo que depende del reclutamiento de nuevos candidatos a la Cámara, sobre todo si éstos tienen experiencia electoral como los miembros de las legislaturas estatales. No obstante, otro factor de igual importancia es el grado en que el candidato presidencial de su partido

refuerce o debilite las probabilidades de los candidatos a la Cámara, sobre todo los que contienden por escaños no disputados por su ocupante actual. La combinación de candidatos eficaces y con experiencia para la Cámara y una campaña vigorosa por el candidato del partido a la presidencia puede generar las mayores variaciones en la distribución de los asientos entre los dos partidos.

En las últimas décadas se ha acordado “la longitud de los faldones presidenciales”, es decir, el número de votantes que eligen gente del mismo partido para el Congreso y

para la presidencia. Los dos votos son relativamente independientes. Además, como los dos candidatos a la presidencia recibieron casi el mismo número de votos en 2000, ese nexo no habría dado la ventaja a ningún partido en las contiendas del Congreso. Con un mandatario que espera obtener la reelección y ante un equilibrio tan estrecho entre los dos partidos en el Congreso, es muy posible que esa correlación de fuerzas vaya a depender del voto presidencial. Si el presidente George Bush logra obtener los altos índices de aprobación que le fueron otorgados durante la guerra contra Iraq y su secuela inmediata, es muy posible que refuerce la posición de su partido tanto en la Cámara como en el Senado. Si su índice de aprobación se desploma, tal vez a causa de cuestiones económicas, entonces es concebible que la década de mayoría republicana en la Cámara termine junto con su período en la presidencia.

Si los asuntos nacionales cobran cada vez más importancia en las elecciones del Congreso, la fuerza nacional más

Centro: La representante Kathleen Harris, republicana por Florida, estrecha la mano del representante Kendrick Meek, demócrata por Florida, mientras se preparan para una foto del grupo de nuevos miembros de la Cámara de Representantes en noviembre de 2002. Margen derecho, de arriba abajo: En la primaria demócrata, la candidata al congreso, Denise Majette, agradece a sus partidarios en Decatur, Georgia, en agosto de 2002. El senador republicano por Texas, Kay Bailey Hutchison, saluda al término de su discurso de aceptación frente al Capitolio Estatal de Texas en Austin, el 7 de noviembre de 2000. El representante Ernie Fletcher, republicano por Kentucky, celebra su reelección al Congreso en la misma fecha.





Theodore Roosevelt,
republicano
(1901-1909)

importante en 2004 serán los candidatos presidenciales y sus campañas políticas. Este aspecto es el más difícil de pronosticar. En el bando demócrata, la contienda por la nominación presidencial sigue abierta en la fecha de redacción de este texto y muchos candidatos aspiran a la nominación sin que ninguno se profile aún como “corredor puntero”. En este momento no se puede saber si el candidato que encabezará la fórmula demócrata será liberal o moderado, belicista o contrario

en la política exterior. Desde hace tiempo (a raíz de la caída de la Unión Soviética), los intereses internacionales han sido de suma importancia en las elecciones presidenciales y hay mucha incertidumbre en torno a cómo plantearán los dos bandos el debate y cuál será la reacción del público. Sin embargo, a estas alturas parece que la economía del país será la mayor preocupación de los votantes. No obstante, una vez más hay gran incertidumbre, en este caso por no saber

en que han estado los dos partidos en el último decenio. Por lo tanto, es mucho lo que estará en juego para la democracia estadounidense pues el rumbo que tome la política será muy distinto si el control lo gana un partido, el otro o ninguno de los dos. Otro factor que complica esa incertidumbre es la alta posibilidad de que los resultados en el Congreso se decidan según la forma en que el público reaccione ante los dos candidatos presidenciales y por quiénes serán los candidatos del Partido Demócrata, qué principios suscribirán y cuál será la reacción del público ante ellos. Por todo esto, el espectáculo de las contiendas de 2004 será inusualmente excitante. ■



John H. Aldrich (Ph.D., Rochester), es Profesor Pfizer-Pratt University de Ciencias Políticas en la Universidad Duke. Se especializa en política estadounidense y comportamiento, teoría formal y metodología. Algunos libros de los que es autor o coautor son: Why Parties?, Before the Convention, Linear Probability, Logit and Probit Models y una serie de libros sobre las elecciones, el último de los cuales, Change and Continuity in the 2000 and 2002 Elections, fue publicado en fecha reciente.

a la guerra. Si el presidente Bush decide contender, como se espera que lo haga, podemos confiar en que logrará la nominación una vez más.

Es posible que la política nacional vuelva a surgir en 2004 como el tema fundamental. Empero, es factible que la guerra contra el terrorismo siga siendo la cuestión más importante

si la economía tendrá una fuerte mejoría (y ésta será interpretada como tal), lo cual favorecería a los republicanos, o si seguirá siendo débil o incluso entrará en recesión, con lo cual la economía sería un factor a favor del retorno de los demócratas.

En suma, el control partidista de la Cámara y el Senado estará en juego en 2004, por el equilibrio tan estrecho

Arriba: Miembros de la Cámara de Representantes prestan juramento el 7 de enero de 1997, al inicio del 105o Congreso.

Abajo: El presidente George W. Bush pronuncia su primer discurso en una sesión conjunta del Congreso de los Estados Unidos, el 27 de febrero de 2001.



LAS ENCUESTAS, LOS EXPERTOS, Y LAS ELECCIONES DE 2004

POR
JOHN ZOGBY

A muchos estadounidenses les gustan las encuestas de opinión sobre política. A otros les gusta detestarlas. Los que gustan de las encuestas disfrutan el juego de la política: quién toma la delantera, quién tiene probabilidades de ganar, quién asume la posición más popular frente a la atención de la salud o la economía. Los “traficantes de la política” observan con atención los índices de rendimiento de presidentes, gobernadores y alcaldes en sus respectivas funciones. Y parece que a muchos votantes les gusta la idea de estar en contacto con otras personas de su comunidad o del país. En una época en que va en aumento el número de estadounidenses atomizados en sus cubículos de trabajo o en sus largos viajes de ida y vuelta a sus empleos, las encuestas dan al ciudadano la sensación de saber dónde se encuentra en relación con otros, como parte de una comunidad nacional.

La profesión de encuestador es controvertida. A menudo nos acusan de sobrepasar el límite de la simple medición de fluctuaciones de la opinión pública acerca de los temas y candidatos, y de manipular a los votantes, ejercer la influencia de un gurú sobre los dóciles funcionarios elegidos y, por último,

afectar la asistencia de votantes a las urnas con los resultados de las elecciones. Pero en mis dos décadas de experiencia como encuestador profesional he visto que quienes más se quejan de las encuestas son los que están mejor informados de las cifras más recientes de éstas.

LAS ENCUESTAS AYER Y HOY

En una época, sólo una o dos organizaciones de encuestas ocupaban el centro del escenario. Hoy, en una era de noticias al instante, Internet y los canales de noticias por cable las 24 horas, los grandes períodos sin noticias se llenan a menudo con encuestas de opinión de diversas fuentes, ya sea comisionadas para el efecto o no.

Si bien es cierto que la primera encuesta política la llevó a cabo el periódico local de Harrisburg, Pennsylvania, en 1824, no fue sino hasta la década de 1930 cuando los medios informativos empezaron a usar encuestas independientes como un elemento común de las noticias sobre campañas políticas. Las primeras y mejores encuestas políticas modernas fueron realizadas por firmas como Gallup y Roper, a las que más tarde se unieron otros nombres familiares en los Estados Unidos, como Sindlinger, Yankelovich y Harris. Además, en los años 70, las tres cadenas principales de televisión de este país incluyeron en sus operaciones de noticias sus propias encuestas de las contiendas presidenciales, y poco después también de las contiendas estatales importantes para el cargo de gobernador y para el Congreso de la nación.

Las encuestas de los medios informativos –las que se hacen a nombre de una cadena de noticias y un periódico asociado (por ejemplo, CBS y New York Times, ABC y Washington Post, NBC y Wall Street Journal)– difieren en muchos aspectos de las que se realizan en privado para candidatos y partidos políticos, y han llegado a ser una parte importante del proceso político. La diferencia clave es que las encuestas de los medios son públicas y su propósito principal es informar a los votantes cuáles son los candidatos que ocupan los primeros lugares en la arena política. En su diseño, se intenta que sean neutrales e independientes.

Esta objetividad cobra especial importancia porque evita las simulaciones de los candidatos con sus propias encuestas “privadas”. Por ejemplo, en otras épocas, un candidato podía decir que sus encuestas privadas indicaban que iba al frente, aunque el sentido común mostrara otra cosa. A través de las décadas, las encuestas políticas independientes han presentado un panorama objetivo de las contiendas electorales, una evaluación de las fortalezas y debilidades de cada candidato, y un examen de los grupos demográficos que apoyan a cada uno. Gracias a las encuestas independientes, los reporteros y los editores pueden hacer evaluaciones imparciales de la marcha de una campaña.



De arriba abajo: Un hombre lee en el *Chicago Tribune* del 1 de mayo de 1968 que el presidente Johnson ha decidido no contender por la reelección. El candidato presidencial demócrata Eugene McCarthy habla a los estudiantes de la Universidad de la Reserva Occidental Case de Cleveland, en abril de 1968.



Arriba: Los delegados de la convención republicana apoyan al senador Robert Dole para presidente, en San Diego, en 1996.



William Howard Taft,
republicano
(1909-1913)

El tipo de transparencia que se encuentra en las encuestas independientes presta un servicio útil a lectores y espectadores. No obstante, las encuestas independientes también pueden ser problemáticas. En 1996 el ex líder republicano del Senado, Bob Dole, contendió por la Casa Blanca con el presidente Bill Clinton, el demócrata en el cargo. Aunque la mayoría de las encuestas mostraron que Dole se retrasaba hasta en 25 puntos, en toda la campaña, mis encuestas para Reuters arrojaban una diferencia mucho más pequeña: tal vez del rango de 7 a 12 puntos. Sin embargo, en esa contienda, la cobertura de los medios sólo incluyó encuestas de cadenas y periódicos importantes de otras organizaciones. Así, todos los días se decía que el candidato Dole acusaba un “serio retraso hasta de 25 puntos” con respecto al presidente. Cuando sólo se usan las encuestas más asimétricas como base de la cobertura de una campaña, eso puede sesgar gravemente los reportajes, sugerir el resultado y, a la postre, llegar a crear una profecía que provoca su propio cumplimiento. Además, eso no le facilita al candidato la tarea de recaudar fondos o de ser escuchado con imparcialidad.

¿Significa esto que las encuestas previas a la elección influyen en verdad en el número de votantes o en los resultados? En general, la respuesta breve es no. Aun cuando la cobertura de la lucha de Dole y Clinton le creó graves problemas al senador Dole, no hay pruebas concretas de que éste pudiera haber ganado la elección. Tampoco hay indicios claros de que alguno de los candidatos haya perdido alguna vez en una contienda muy reñida, sólo porque las encuestas previas a la elección señalaron que se estaba retrasando.

Sin embargo, algunos dicen que hoy se hacen demasiadas encuestas y hay una especie de “encuestitis”. Ya me referí a las cadenas que transmiten noticias por cable las 24 horas y necesitan llenar grandes vacíos en su programación. Esa es una de las razones por las cuales las

encuestas políticas han proliferado. La competencia misma entre los medios informativos es sin duda otro factor. En 2000 se realizaron por lo menos 14 importantes encuestas independientes en la temporada de las campañas, y sus resultados no siempre fueron consistentes. Pero los votantes no se deberían quejar, pues pueden elegir y tienen que aprender a ser buenos consumidores de encuestas, tal como lo hacen cuando compran un automóvil o una casa. Hay algunas reglas básicas que seguir



en materia de encuestas, y a continuación presento mi guía de la mejor forma de examinar las encuestas.

TAMAÑO DE LA MUESTRA Y MARGEN DE ERROR

A veces se realizan encuestas de la noche a la mañana, a raíz de algún evento importante como el discurso anual del presidente sobre el Estado de la Unión o un debate entre candidatos a un cargo público. Es muy común que esas encuestas se elaboren en una noche para su publicación inmediata al día siguiente, a partir de una muestra de sólo 500 adultos en todo el país. Si bien es cierto que esas encuestas “de un día para otro” pueden ofrecer una lectura rápida de la reacción del público, los expertos las consideran deficientes.

En primer lugar, una muestra de sólo 500 ciudadanos es demasiado pequeña para considerarla con seriedad en un país de 280 millones de habitantes. Puede ser precisa el 95 por ciento (más o menos 4,5 por ciento) de las veces, pero eso no es suficiente en realidad si se trata de una contienda presidencial o por un cargo estatal

importante. Además, en mi opinión, la muestra de 500 casos no es suficiente para producir el análisis de subgrupos estadísticamente significativo que se requiere en una elección nacional o estatal importante.

También hay otros problemas de metodología. Una muestra obtenida en una noche implica la posibilidad de que un amplio sector representativo de la población no haya sido localizado en su hogar. A pesar de que los encuestadores suelen aplicar ponderaciones a su muestra para que refleje con más precisión la demografía de

la población, los procedimientos de ponderación no siempre incluyen la compensación adecuada por los grupos que han sido gravemente subrepresentados. Por ejemplo, en una encuesta de la noche a la mañana podrían no estar bien representados los afro-estadounidenses. O bien, en otra noche, la encuesta podría contactar con demasiados afro-estadounidenses de Nebraska o Kansas y no suficientes de Nueva York, Mississippi o Carolina del Sur.

Otro problema muy común de las encuestas apresuradas es que pueden contactar “adultos” en general y no a “votantes probables”. La demografía de los dos grupos puede ser muy distinta. En general, las encuestas de adultos incluyen más miembros de minorías y de familias de bajos ingresos, y más trabajadores sindicalizados. En virtud de que todos esos grupos se inclinan

Derecha:
Empleados de información
trabajando en su portal
de Internet, en la
convención demócrata
del 17 de agosto de 2000
en Los Angeles.

a favor del Partido Demócrata y sus candidatos, la representación excesiva de cualquiera de ellos en una encuesta puede sesgar los resultados.

Así pues, observe el tamaño de la muestra y la composición de los grupos encuestados. En una buena encuesta nacional de los Estados Unidos se interroga a 1.000 probables votantes, por lo menos, y se informa con un margen de error de muestreo no mayor de más o menos tres puntos.

CUANDO EL TRIUNFO NO ES UN TRIUNFO

Como la *Mona Lisa* o como una gran novela, hasta las encuestas más minuciosas son materia de interpretación. Así mismo, crean una serie de expectativas en los reporteros y los expertos que las leen. De esta manera, el encuestador y los expertos forman ese animal esquivo que recibe el nombre de “creencia general”. Pero ambos grupos son muy afectos a los candidatos que desafían tal sabiduría. Así, hay una rica historia de candidatos que se han elevado del “montón”, a pesar de las tendencias sugeridas por los resultados de las primeras encuestas.

Citemos por ejemplo el caso del senador Eugene McCarthy en su cruzada contra la Guerra de Vietnam y su contienda con el presidente Lyndon Johnson en 1968. A pesar de que el sentimiento antibélico iba en aumento en los Estados Unidos, nadie pensó que un senador de Minnesota poco conocido pudiera llegar a ser un serio contendiente del poderoso presidente Johnson. Pero en la cuenta de los votos de la primera elección primaria (Nueva Hampshire), McCarthy obtuvo el 41 por ciento de los sufragios frente al 49 por ciento de Johnson. A pesar de que el nombre del presidente no llegó siquiera a las papeletas electorales y tuvo que ser escrito a mano por quienes querían votar por él, los expertos estimaron que McCarthy excedió en tal medida las expectativas creadas en las encuestas previas a la elección, que ellos lo declararon vencedor. La “victoria” de McCarthy asombró al mundo político y, al cabo de dos semanas, el presidente Johnson decidió no buscar la reelección.

Una victoria similar decretada por los expertos tuvo lugar en la elección primaria demócrata de Nueva Hampshire en 1972. El senador por Dakota del Sur, George McGovern, que por corto tiempo se cubrió con el manto antibélico en 1968 y luego dirigió un movimiento de reforma en el Partido Demócrata, desafió al que era sin duda el corredor puntero para ganar la nominación presidencial, el senador Edmund Muskie. Las encuestas particulares de McGovern mostraban que él podía superar el 40 por ciento del voto en las primarias de Nueva Hampshire; por eso dijo con prudencia a los medios que se contentaría con llegar a un 35 por ciento. Cuando obtuvo el 43 por ciento frente al 48 por ciento de Muskie, la prensa (igual que en 1968) argumentó que el aspirante al cargo había “ganado” al superar las expectativas de los expertos. Como en 1968, la “victoria” le dio a McGovern lo que según los historiadores son los mayores beneficios de un triunfo en Nueva Hampshire: exposición en los medios, dinero y un buen impulso. McGovern ganó a continuación la nominación del Partido Demócrata para la presidencia, aunque luego perdió la elección general en forma abrumadora frente a Richard Nixon.

En 1976, el ex gobernador de Georgia, Jimmy Carter, fue calificado

al principio como “¿Jimmy Quién?” por el personal de prensa de Washington. El 28 por ciento obtenido por Carter en Nueva Hampshire contra cinco candidatos demócratas más conocidos que él fue suficiente para impulsarlo a la categoría de corredor puntero y a la nominación final.

En suma, lo que estos tres casos nos enseñan es que las encuestas previas a la elección se pueden usar para reforzar o debilitar la posición del candidato que va en primer lugar. De hecho, las encuestas establecen normas para la cobertura de las campañas y dan una idea de la creencia general en cuanto a las expectativas de victoria.

ENCUESTAS DE SALIDA

Las encuestas de salida han sido un elemento importante en todas las elecciones nacionales y estatales de los Estados Unidos desde los años 70. Se puede decir también que hoy en día son las encuestas más controvertidas porque con ellas se intenta predecir quién ganará las elecciones, colocándose en la puerta de salida de los centros de votación para entrevistar a los que acaban de votar. Las encuestas de salida adquirieron muy mala fama en la elección presidencial de 2000, cuando fueron mal empleadas



Woodrow Wilson,
demócrata
(1913-1921)



De izquierda a derecha:
Los republicanos de Texas se reúnen para presenciar el primer debate de Al Gore y George W. Bush, transmitido por televisión en 2000. Una mujer de Los Angeles responde una encuesta de salida después de votar en las elecciones primarias.

por las cadenas de televisión para hacer no una, sino dos proyecciones incorrectas de quién había sido favorecido por los votantes en Florida como el ganador.

Sin embargo, si las encuestas de salida se usan en forma adecuada son un instrumento vital para los encuestadores, la prensa y los académicos. Al margen de su utilidad para hacer predicciones tempranas de quién ganará en la noche de la elección, aportan detalles a expertos y científicos

Sin embargo, las encuestas de salida se tornan problemáticas cuando se usan para proyectar quién será el ganador. Por más eficaz que sea el proceso de muestreo empleado en una encuesta de salida, sigue siendo un muestreo y esto significa que hay un margen de error por ese concepto. Esto es menos importante si la elección termina en una victoria abrumadora, pero en elecciones muy reñidas, un margen de error de uno o dos puntos es muy grande. Tomando como base las encuestas previas a la

La verdad es que no necesitamos saber quién ganó una elección antes que los resultados reales sean entregados. Lo más conveniente para el proceso de las elecciones será que las encuestas de salida se usen durante toda la velada del día de la elección, pero sólo para explicar quiénes votaron y las razones que tuvieron para hacerlo así.

¿ESTÁ EN CRISIS LA INDUSTRIA DE LAS ENCUESTAS?

Se habla mucho en estos días de un descenso en los índices de respuesta a las encuestas. Cuando empecé a ejercer esta profesión, los índices de respuesta promediaban 65 por ciento, es decir, que por cada tres personas que respondían al teléfono, dos accedían a responder la encuesta. Hoy, los índices de respuesta promedio son de casi 30 por ciento y tienden a ser mucho más bajos en ciertas áreas metropolitanas. Por esta razón, algunos expertos están dispuestos a declarar que las encuestas han muerto. Es difícil que esto sea cierto. Los bajos índices de respuesta se deben a que hoy se requiere más tiempo para completar una encuesta, pero aún es posible conseguir buenas muestras.

A pesar de lo mucho que se han comentado las fallas de algunas firmas de encuestas –entre ellas la mía– en elecciones importantes, el hecho es que, en general, todavía todos podemos obtener resultados dentro de los márgenes del error de muestreo. Creo que el hecho de tener expectativas razonables en cuanto a lo que las encuestas pueden y no pueden hacer, combinado con un sano escepticismo del consumidor de información política, constituye el mejor enfoque que podemos adoptar ahora que todos nos preparamos para otro importante año de elecciones en 2004. ■

El encuestador John Zogby es presidente y director general de Zogby International, una firma de encuestas que él mismo fundó en 1984. Su empresa ha realizado encuestas para Reuters y para NBC televisión, entre otros medios informativos. Zogby es autor de Decision 2002: Why the Republicans Gained. Podrá hallar más información sobre sus antecedentes en www.zogby.com



Derecha: El candidato George W. Bush se presenta en el programa de entrevistas por TV "Hardball with Chris Matthews", durante su campaña presidencial. Abajo: George W. Bush en el programa análogo de TV "Meet the Press".



políticos sobre la forma en que ciertos grupos demográficos específicos han votado y las razones que aducen para haberlo hecho de ese modo. También ayudan a los encuestadores a desarrollar modelos de concurrencia a las urnas para elecciones futuras, es decir, les da una idea de cuántas personas de cada grupo demográfico cabe esperar que acudan a votar en una elección. Esto es vital para asegurarse de que las muestras de futuros votantes que usen para los fines de sus políticas sean representativas.

elección y las encuestas de salida el día de la elección del 2000, las cadenas de televisión no disponían de ningún medio legítimo para saber si George W. Bush o Al Gore habían ganado el estado de Florida, antes que todos los votos fueran contados. La presión de obtener esa proyección primero contó más que la presión de obtener una proyección correcta.

Esta opinión puede parecer rara viniendo de un encuestador profesional, pero creo que el desastre de las encuestas de salida en noviembre de 2000 fue una buena lección que debemos aprender.



Warren G. Harding, republicano (1921-1923)

EL ESTADO DE LAS FINANZAS DE CAMPAÑA

POR
JOSEPH E. CANTOR

Un destacado político estadounidense dijo en una ocasión que “el dinero es la leche materna de la política”. Esto no nos debe sorprender, en vista de que la forma de gobierno democrático de los Estados Unidos se basa en elecciones libres y abiertas, y en una tradición de pluralismo en la que los intereses en pugna rivalizan para influir en la política pública. Esa definición cobra hoy especial validez, pues las dimensiones del electorado crean la necesidad de confiar en los medios de información masiva para comunicarse con los votantes, al menos en las elecciones para los cargos más altos. Comprar tiempo en los medios de difusión es una forma eficiente, pero costosa, de incidir en la audiencia masiva.

Los candidatos a puestos públicos en los Estados Unidos suelen confiar en cuatro fuentes de financiamiento para sus campañas: (1) ciudadanos individuales que hacen aportaciones directas; (2) sus respectivos partidos políticos; (3) grupos de interés, con frecuencia a través de comités de acción política (CAP); y (4) sus propios recursos personales y familiares. Una quinta fuente –los fondos públicos– también ha estado disponible en algunas elecciones, sobre todo en las presidenciales, desde la década de 1970.

La creciente necesidad de depender de los medios informativos electrónicos y la profesionalización de la política hacen que las campañas electorales sean cada día más costosas. Los candidatos a la presidencia gastaron 607 millones de dólares en la elección presidencial de 2000, al tiempo que los candidatos al Congreso gastaron poco más de



1.000 millones. El candidato término medio ganador en el Senado gastó 7,4 millones de dólares en ese año, y el candidato ganador promedio en la Cámara de Representantes de la nación

gastó 849.000 dólares. No obstante, el gasto que realizan los candidatos representa una porción cada vez menor del gasto total destinado a influir en las elecciones, a medida que los partidos y los grupos de interés asumen un papel más importante en la comunicación directa con los votantes.

correo, etc., como para asegurarse de que acudirían a las urnas a depositar sus sufragios. En las elecciones actuales, tanto los partidos políticos como los grupos de interés contribuyen con los candidatos de su preferencia y gastan fondos en forma más directa para maximizar su propia influencia en el resultado de las elecciones. Este fenómeno hace que sea más difícil vigilar el flujo de dinero en las elecciones, y ha planteado especiales



Arriba: El representante Marty Meehan, demócrata por Massachusetts (izq.) y el representante Chris Shays, republicano por Connecticut (der.), celebran una votación exitosa en la Cámara de Representantes sobre la reforma de las finanzas de campaña, en marzo de 2002.

Centro: El senador Russ Feingold, demócrata por Wisconsin (izq.), y el senador John McCain, republicano por Arizona (der.), hablan con la prensa frente a la Corte Suprema de la nación en septiembre de 2002, durante una audiencia en ese tribunal sobre la constitucionalidad de la ley McCain-Feingold para reformar las finanzas de campaña.

desafíos a los creadores de políticas que buscan cómo regular los fondos que están fuera del control directo de los candidatos.

Por largo tiempo, los críticos han dicho que los cuantiosos gastos en las elecciones del país, combinados con la dependencia de fondos de fuentes privadas, es causa de preocupación por la posible influencia indebida de donadores ricos e intereses poderosos sobre la política pública. Las soluciones propuestas incluyen en general una

Por largo tiempo, los críticos han dicho que los cuantiosos gastos en las elecciones del país, combinados con la dependencia de fondos de fuentes privadas, es causa de preocupación por la posible influencia indebida de donadores ricos e intereses poderosos sobre la política pública. Las soluciones propuestas incluyen en general una



Calvin Coolidge, republicano (1923-1929)

Herbert Hoover,
republicano
(1929-1933)



Franklin D. Roosevelt,
demócrata
(1933-1945)

regulación gubernamental más estricta del dinero destinado a la política, a partir de una mayor transparencia para que el público se entere con facilidad de la financiación de las elecciones y así se inhiba a “los intereses especiales” de obstruir lo que se percibe como “el interés público”. A los “reformadores” se han opuesto los que estiman que los gastos en las elecciones son proporcionales tanto a los costos de los bienes y servicios en la economía de hoy como a la magnitud de los presupuestos del gobierno. Según esos observadores, los gastos de las elecciones son el precio que una democracia paga por la competencia electoral, y los cuantiosos egresos y aportaciones de grupos de interés son la expresión contemporánea del más antiguo pluralismo de los Estados Unidos. La rama judicial del gobierno plantea a menudo otra cuestión que interviene en la regulación de los fondos destinados a las campañas: ¿Las restricciones a las aportaciones y los gastos excesivos para campañas coartan el derecho a la libertad de expresión en la arena política que la Constitución garantiza a los donantes?

Se podría decir que el sistema estadounidense actual para la financiación de campañas políticas combina las filosofías de los reformadores, las de los defensores del sistema vigente y los dictámenes judiciales que han establecido parámetros para la regulación del gobierno. En él se reflejan tanto las leyes que han sido promulgadas –y conservadas– como la forma en que la política del país ha evolucionado.

DIFERENCIAS ENTRE LOS SISTEMAS POLÍTICOS DE LAS DEMOCRACIAS

La comparación entre el sistema estadounidense de financiación de las elecciones y los de otras democracias nos puede ayudar a entender algunos aspectos únicos del sistema político de este país.

ELECCIONES CENTRADAS EN LOS CANDIDATOS

Esta es la primera y más notable desviación de los Estados Unidos con respecto al sistema parlamentario usual en la mayoría de las democracias, que coloca a los partidos políticos en el

centro del proceso de elegir y más tarde dirigir al gobierno. Aun cuando los partidos tienen un papel importante en las elecciones de este país, su importancia es mucho menor que en otros períodos de la historia, antes de las múltiples reformas y otros cambios que tuvieron lugar en el siglo XX.

Para bien o para mal, Estados Unidos tiene un sistema electoral centrado en los candidatos y no en los partidos. Los candidatos tienden a ser agentes independientes que no deben ni su carrera ni su nominación a funcionarios del partido, sino a la gente que vota por ellos en la elección primaria. Si bien esta independencia ha tenido ciertos efectos saludables al propiciar una mayor apertura y rendición de cuentas, no cabe duda de que ha elevado el costo de las elecciones, pues los candidatos necesitan una maquinaria de campaña y fuentes de financiación casi independientes. Así mismo, muchos votantes actuales se precian de ser independientes de toda etiqueta partidista y de votar “por la persona, no por el partido”, con lo cual imponen un obstáculo más al candidato para comunicarse con eficacia como figura pública.

LA PRIMERA ENMIENDA

Otro aspecto único del sistema estadounidense es el importante papel que corresponde, en los procesos políticos, a los bien definidos derechos a la libertad de expresión y asociación consagrados en la Primera Enmienda a la Constitución de este país. El papel de la rama judicial consiste en decidir si los estatutos promulgados están en conflicto con esos derechos. En su histórico veredicto de 1976 –*Buckley vs. Valeo*–, la Corte Suprema de la nación suprimió los límites a los gastos que pueden realizar los jefes de campaña, los partidos políticos y los grupos de interés para comunicarse con los votantes, al tiempo que permitió restricciones sobre las fuentes de fondos para las entidades que participan en las elecciones. La Corte dispuso que los límites a los gastos para comunicarse con los votantes eran una restricción inadmisibles de la libertad de expresión. A pesar de que la Corte reconoció que imponer límites a las fuentes (es decir, a las aportaciones) implicaba también

coartar la libertad de expresión, sostuvo que una limitación *razonable* se podría justificar por la necesidad del gobierno de proteger al sistema contra la corrupción real o aparente que puede provenir de las relaciones *quid pro quo* entre los candidatos y los que financian sus campañas. Al establecer la equivalencia entre el derecho a gastar dinero y el derecho a la libertad de expresión, y señalar la diferencia entre el dinero que se entrega a un candidato y el dinero gastado por él, el veredicto de este tribunal y otros subsecuentes de tribunales inferiores han tenido un profundo efecto en la reglamentación y el flujo de fondos en la política de los Estados Unidos.

APOYO DEL GOBIERNO A LA POLÍTICA

El uso mucho mayor de fondos públicos en otras democracias, para financiar las elecciones, es otro aspecto en el cual el sistema político de este país es diferente. Los subsidios del gobierno a los partidos son muy comunes en el escenario internacional, y los gobiernos dueños de importantes estaciones difusoras les conceden a menudo el privilegio de usarlas en forma gratuita, a diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos. El efecto combinado de los subsidios directos y el tiempo gratuito en los medios electrónicos consiste en reducir la presión que tienen los políticos de recaudar dinero para sus campañas.

Algunos estadounidenses han recomendado desde hace largo tiempo que el gobierno otorgue subsidios similares a las campañas de elecciones y ordene a las estaciones difusoras del sector privado que concedan a éstas tiempo de transmisión gratuito o a tarifas reducidas. Y han tenido cierto éxito al lograr que sus ideas sean aprobadas. Sin embargo, ha habido resistencia a esas políticas por razones filosóficas (ya que éstas exigen que el contribuyente patrocine candidatos con los que tal vez no está de acuerdo) y también prácticas (por ejemplo, cómo idear un sistema totalmente equitativo para subsidiar las campañas).

Los partidarios de la financiación pública de candidatos lograron que

en los años 70 se promulgara un sistema de ese tipo para las elecciones presidenciales e incluso para algunas a nivel estatal y local, mas no para la elección de miembros del Congreso de la nación. Desde 1976, los candidatos presidenciales de los principales partidos han recibido en forma automática un cuantioso subsidio para la elección general (en 2000, cerca de 67 millones de dólares para el republicano George W. Bush y otros tantos para el demócrata Al Gore). Los partidos reciben subsidios para sus convenciones de nominación y, en las elecciones primarias, el gobierno aporta fondos a la par de los pequeños donativos individuales en favor de los candidatos.

A cambio de recibir financiación, los candidatos deben aceptar los límites impuestos a sus gastos de campaña, lo cual es autorizado por la Corte Suprema porque son límites de carácter voluntario. Sin embargo, la eficacia de éstos se ha debilitado porque los individuos y los grupos de interés que gastan dinero para ayudar a los candidatos son astutos y lo hacen por vías legales, pero más allá de los niveles previstos por la ley federal (“dinero blando”, como se explica más abajo).

PRINCIPIOS ESENCIALES DE LA LEY FEDERAL

Desde los años 70, tres grandes principios han gobernado la ley federal de financiación de campañas que se aplica a todas las elecciones para la presidencia y el Congreso de los Estados Unidos. (Cada uno de los 50 estados tiene sus propias reglas para las elecciones estatales y locales.) Esos principios son los siguientes.

DIVULGACIÓN PÚBLICA DE LA ACTIVIDAD FINANCIERA

La visibilidad pública del dinero en las elecciones, que facilita el escrutinio a los partidos y candidatos opositores y a los medios, se concibe como el mejor disuasorio contra la corrupción que se podría presentar en torno a las contribuciones y los gastos de campaña. En este aspecto de la regulación del gobierno hay un grado notable de consenso, por lo menos en principio. En el nivel federal, esto implica informes periódicos con los totales generales y listas pormenorizadas de las cantidades mayores de 200 dólares.

PROHIBICIONES SOBRE LAS FUENTES DE FONDOS

Por largo tiempo se ha prohibido que corporaciones, bancos nacionales y sindicatos de trabajadores utilicen sus fondos institucionales –ganancias corporativas y cuotas sindicales– para influir en las elecciones federales (aunque muchos estados permiten esas fuentes en sus elecciones). Sin embargo, esas entidades pueden establecer comités de acción política para recaudar donativos voluntarios de ejecutivos y accionistas y de trabajadores sindicalizados, respectivamente. Esos fondos se pueden usar en elecciones federales, con lo cual la corporación o el sindicato patrocinador puede ejercer su influencia. Lo que también está prohibido en todas las elecciones de este país son los fondos de ciudadanos extranjeros para las campañas.

LIMITACIONES SOBRE LAS FUENTES DE FONDOS

La ley federal limita las cantidades que los individuos, los CAPs o los partidos pueden aportar a candidatos, partidos y grupos participantes en elecciones federales. Un individuo puede donar 2.000 dólares a un candidato en una elección y un total de 95.000 dólares a todos los candidatos, partidos y CAPs en un ciclo electoral de dos años. Un CAP puede donar 5.000 dólares a un candidato en cada elección, pero no hay un límite global para todas las contribuciones de ese tipo procedentes de una sola entidad.

EL ÍMPETU DE LA REFORMA DE LA FINANCIACIÓN DE CAMPAÑAS

Los problemas que el dinero y la política plantean han hecho de la reforma de la financiación de campañas un tema de debate permanente en los Estados Unidos. En las décadas de 1980 y 1990, los partidarios de la reforma lucharon con éxito por reforzar el régimen reglamentario promulgado en los años 70 para reducir el papel y la importancia del dinero en el sistema político.

Sin embargo, la ley que fue aprobada al final en 2002 tenía poco parecido con sus antecesoras. Si bien con esas medidas se intentó mejorar el sistema de regulación federal vigente, la meta de la Ley Bipartidista de Reforma de las Campañas de 2002, o BCRA (usualmente conocida como McCain-

Feingold por los dos principales senadores que la patrocinaron) es salvar ese sistema, colocándolo bajo las actividades de regulación federal que, a juicio de quienes la propusieron, permite sustraerse a la ley federal de la financiación de campañas.

A partir de los años 80, los partidos políticos nacionales empezaron a recaudar dinero en montos muy



superiores a lo que, en teoría, permitía la ley federal, aunque era patente que no los usarían en las elecciones federales per se. Este retorno del “pez gordo” –el rico y poderoso patrocinador que, según se supone, predominó con las reformas de los años 70– anunció el ascenso del “dinero blando” en las elecciones de este país. El término se refiere a los fondos recaudados y gastados fuera del marco regulador federal de las elecciones, pero que pueden tener por lo menos un impacto indirecto en las elecciones federales (a diferencia del “dinero duro” que se recauda y se gasta de acuerdo con la ley electoral federal).

En el caso típico, esos donativos en dinero blando, en montos prohibidos y de fuentes no autorizadas en las elecciones federales, se distribuían

De arriba abajo: El candidato demócrata a gobernador John Baldacci habla a sus partidarios en Augusta, Maine, en junio de 2002. La contienda de 2002 fue la primera en la que los candidatos recibieron fondos públicos para sus campañas, en Maine. En los Angeles, el presidente Bush saluda a sus partidarios, en una campaña de recaudación de fondos, en junio de 2003. El gobernador republicano del estado de Nueva York, George Pataki, estrecha la mano de uno de sus partidarios en una sesión para recaudar fondos.

Harry S Truman, demócrata (1945-1953)



Dwight D. Eisenhower, republicano (1953-1961)



John F. Kennedy,
demócrata
(1961-1963)

entre los partidos estatales afiliados y éstos los usaban en operaciones a nivel popular y campañas de movilización de votantes. Al reforzar esas actividades era inevitable que éstas ayudaran a los candidatos federales, tanto como a las contiendas estatales y locales a las cuales se supone que estaban destinados. Además, los esfuerzos de recaudación de fondos concertados entre funcionarios nacionales de partidos y candidatos y funcionarios federales inducían a pensar que con esos donativos se intentaba ayudar, en primer lugar, a los candidatos federales.

Sin embargo, sólo en las elecciones nacionales de 1996 se generalizó la idea de que el sistema de regulación se estaba desintegrando. Los partidos políticos no sólo recaudaron 900 millones de dólares en dinero blando en ese año, sino los grupos de interés y los partidos políticos descubrieron otro modo de influir en las elecciones federales al margen de las restricciones federales: el patrocinio de asuntos relacionados con las elecciones. Esta forma de dinero blando incluye las comunicaciones en las que se habla de la posición de los candidatos en relación con asuntos específicos, pero sin instar de modo implícito a tratar de derrotar o elegir a candidatos claramente identificados.

Debido a que, según la interpretación de la mayoría de los tribunales inferiores, el veredicto de *Buckley vs. Valeo* requiere la presencia de ese tipo de texto explícito para que una comunicación tenga que sujetarse a la regulación del gobierno, los grupos podían presentar información pública que reforzara la opinión positiva o negativa de funcionarios públicos que, además, eran candidatos a las siguientes elecciones, sin tener que someterse a las restricciones de la ley electoral federal. Para las elecciones de 1996 y las siguientes, se estimó que de esta manera se gastaban decenas de millones de dólares y que era imposible determinar sus niveles exactos porque se exigía muy poca o ninguna revelación de esos datos.

EL IMPACTO DE LA MCCAIN-FEINGOLD

Después de 1996, los reformadores cambiaron de enfoque, desviándose de los límites a los CAPs, los gastos de campaña y la financiación pública, y tratando de cerrar los huecos que, a su juicio, hacían que la regulación federal del dinero en la política tuviera cada vez menos sentido. La ley McCain-Feingold de 2002 prohíbe en general que los partidos nacionales y los candidatos o funcionarios federales recauden y gasten dinero blando; así mismo, prohíbe que los partidos estatales y locales gasten dinero blando en lo que se ha definido como “actividades electorales federales”. Con respecto a la defensa de asuntos conexos, la nueva ley exige que se rindan cuentas de todo anuncio político alusivo a cualquier candidato federal claramente identificado que se transmita a 30 días o menos de una elección primaria o a 60 días de una elección general, y prohíbe que dicho anuncio sea pagado con fondos de sindicatos o corporaciones.

En los años de debates que precedieron a la aprobación de la McCain-Feingold, la cuestión de la constitucionalidad campeó en las discusiones. Eso tal vez fue inevitable si se considera la experiencia del veredicto *Buckley vs. Valeo* de 1976, que dejó como secuela un sistema no previsto por el Congreso, pero con implicaciones de largo alcance para el flujo del dinero en las elecciones federales. Cuanto más cerca estaba la legislación de ser aprobada, tanto más se centraba la atención del debate en el tema de la constitucionalidad. Ahora que las campañas para las elecciones de 2004 se han puesto en marcha y los políticos buscan cómo adaptarse a la nueva ley, la comunidad política espera con ansia la revisión judicial expedita que la ley McCain-Feingold dispone.

El 2 de mayo de 2003 fue pronunciado el primero de esos veredictos en *McConnell vs. FEC*, en el cual la Corte (federal) de Distrito para el Distrito de Columbia anuló la prohibición genérica de la recaudación de dinero blando por los partidos nacionales y su uso por los partidos estatales y locales, pero mantuvo las prohibiciones sobre las comunicaciones públicas que pueden tener un efecto

más directo en las elecciones federales, y sobre la recaudación de dinero blando por candidatos y funcionarios federales. Además, la Corte invalidó la regulación de todos los anuncios de radio y televisión alusivos a candidatos federales basada en el período de tiempo, pero sorprendió a los observadores al permitir la regulación basada en la norma más subjetiva de si el anuncio favorecía o se oponía a un candidato federal, independientemente de la fecha en que fuese transmitido. Este veredicto fue suspendido más tarde para aminorar la confusión de los que ya iniciaron sus campañas para las elecciones de 2004, quedando pendiente la decisión final de la Corte Suprema, la cual conocerá todos los argumentos verbales en septiembre.

¿Aplicará la Corte Suprema su patrón general, establecido desde el fallo *Buckley vs. Valeo*, y rechazará la ampliación de la regulación que la nueva ley recomienda en el ámbito de la libertad de expresión? ¿O la copiosa evidencia y los años de experiencia con la ley anterior la inducirán a reconocer que el peligro de la corrupción y la influencia excesiva de individuos y grupos dotados de riqueza puede justificar una regulación mayor de lo que en otras condiciones sería preferible? Lo que está claro es que el próximo veredicto de la Corte Suprema tendrá un efecto profundo en los futuros intentos de regular el flujo del dinero en la política. ■

Joseph E. Cantor es especialista en administración pública nacional de Estados Unidos y está adscrito al Servicio de Investigaciones del Congreso, un departamento de la Biblioteca del Congreso. Allí inició su carrera en 1973, después de completar su licenciatura por la Universidad Johns Hopkins. Se ha especializado en finanzas de campañas desde 1979 y en esa capacidad ha ayudado al Congreso con su información sobre este tema y el análisis de los asuntos en juego y los cambios propuestos en las leyes pertinentes.

ELECCIONES 2004

GLOSARIO

ANUNCIOS NEGATIVOS – Publicidad por medio de la cual se intenta convencer a los votantes de que apoyen a un candidato, proyectando una mala imagen de su opositor por medio de ataques a su solvencia moral o a su trayectoria en relación con los temas de interés.

BRECHA DE LOS GÉNEROS – En las elecciones recientes, los patrones de votación de las mujeres han tendido a ser distintos de los patrones de los hombres, pues con frecuencia ellas prefieren al candidato demócrata sobre el republicano, o bien, a los candidatos del ala más liberal del espectro político. La prensa ha llamado a este fenómeno la “brecha de los géneros”.

CARRERA DE CABALLOS – Se usa como metáfora para referirse a una campaña de elecciones; la imagen de la “carrera de caballos” refleja la sensación de excitación que se produce entre los espectadores de un evento deportivo. Esta expresión se aplica también a la cobertura de las campañas en los medios, los cuales son afectos a destacar las posiciones relativas de los candidatos en las encuestas de opinión pública, como si fueran los caballos de una carrera, y no las posiciones que adopta cada uno frente a los temas de interés.

COLEGIO ELECTORAL [*electoral college*] – Cuando los votantes estadounidenses van a las urnas a depositar sus sufragios por un presidente, muchos creen que participan en la elección directa del mandatario. En sentido técnico, esto no es así, por la presencia del colegio electoral, una reliquia constitucional del siglo XVIII. Colegio electoral es el nombre que recibe un grupo de “electores” que son designados por los miembros del partido dentro de cada estado. El día de la elección, esos electores, comprometidos con uno u otro candidato, son seleccionados por elección popular. En diciembre, después del voto presidencial, los electores se reúnen en la capital de su respectivo estado y emiten sus votos para presidente y vicepresidente. Para la elección de un presidente se requieren 270 votos electorales.

COMICIOS [*caucus*] – Reunión de personas cuyo objetivo consiste, en particular, en lograr un cambio político o de organización. En la política presidencial de los Estados Unidos, el término ha llegado a significar la reunión de los activistas políticos locales de cada partido en el proceso de nominación de

candidatos a la presidencia. En un sistema de comicios “estratificado”, los activistas locales del partido, actuando en el nivel de distrito, escogen a los delegados para las reuniones de condado y éstos seleccionan, a su vez, a los delegados que asistirán a las reuniones estatales. En esas convenciones a nivel estatal son seleccionados los delegados para la convención nacional de nominación de sus partidos. El propósito del sistema de comicios es manifestar, por medio de la selección de delegados, cuál es el candidato presidencial preferido por los miembros del partido en cada estado. Su efecto consiste en democratizar las nominaciones para la presidencia, ya que las preferencias en materia de candidatos se determinan esencialmente en el nivel de delegación, al principio del proceso.

COMISIÓN FEDERAL ELECTORAL (CFE) – Agencia reguladora independiente que tiene a su cargo la tarea de administrar y aplicar la ley federal sobre el financiamiento de campañas. La CFE fue instituida en la enmienda de 1974 a la Ley Federal de Campañas Electorales de 1971.

CONSERVADOR – Se dice de cualquier matiz de la opinión política que se ubica a la derecha del centro, ya sea en un grado moderado o extremo. En general, se considera que el Partido Republicano es el más conservador de los dos principales partidos de los Estados Unidos. Los conservadores “políticos” de este país suelen suscribir los principios de la economía de libre mercado e impuestos bajos, y desconfían del poder federal como opositor del poder de los gobiernos estatales y locales.

CORREDOR PUNTERO [*front-runner*] – Candidato a quien en una elección o un proceso de nominación se le considera el más popular o el más probable vencedor.

DEBATE – Discusión acerca de un tema en la que participan dos o más bandos opositores. En la política estadounidense de los últimos años, los debates han llegado a asociarse a programas de televisión en los que todos los candidatos a la presidencia o la vicepresidencia expresan sus opiniones y las de sus partidos, en respuesta a preguntas de los medios informativos o de los miembros del auditorio. Los debates se pueden realizar también por radio o en un centro de reunión para miembros de la comunidad, y son aplicables a los cargos de elección en cualquiera de los niveles del gobierno.

DINERO DURO/DINERO BLANDO [*hard money/soft money*] – Términos que se usan para distinguir entre la financiación de campaña que está regulada por la ley federal sobre finanzas de campaña y la que no lo está. El dinero duro está regulado por ley y se puede usar para influir en el resultado de elecciones

federales, es decir, para recomendar la elección de candidatos específicos. El dinero blando no está regulado por la ley y sólo se puede gastar en actividades que no influyan en la elección de candidatos a cargos públicos nacionales, es decir, para asuntos tales como campañas de registro de votantes, actividades de edificación del partido y costos administrativos, y también para ayudar a candidatos estatales y municipales.

DISTRITO DE UN SOLO MIEMBRO – Es la disposición actual para la elección de legisladores nacionales y estatales en los Estados Unidos, en la cual se elige un candidato en cada distrito legislativo; el vencedor es el candidato que obtiene más votos. En el sistema de un solo miembro, solamente un partido puede ganar en un distrito cualquiera. Es el caso contrario del sistema proporcional, en el cual los distritos son mucho más grandes y varios miembros son elegidos al mismo tiempo, según la proporción del total de votos que reciban sus partidos.

DIVISIÓN DEL VOTO – Votar por candidatos de diferentes partidos políticos en una misma elección; por ejemplo, votar por un demócrata para presidente y un republicano para senador. En virtud de que estos electores no votan por todos los candidatos de un mismo partido, se dice que han “dividido” sus votos.

DOCTOR DE EFECTO/IMPULSO [*spin doctor/spin*] – Asesor de medios o consultor político que es contratado en una campaña para asegurarse de que el candidato reciba la mejor publicidad posible en todas las situaciones. Por ejemplo, después de un debate de candidatos a la presidencia, los “doctores de efectos” de cada uno van en busca de periodistas para destacar los puntos fuertes de su candidato en el debate y tratar de convencer a la prensa, y por ende al público, de que él “ganó” el debate. Cuando estos asesores de medios ejercen su oficio, se dice que le dan “impulso” o “efecto” a una situación o evento.

ELECCIÓN DE MEDIO PERÍODO – Elección para ocupar los escaños del Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, que se realiza durante el período de gobierno de un presidente, es decir, al cabo de dos años que éste inicia su gestión presidencial de cuatro años. Los resultados se interpretan a veces como un plebiscito popular para evaluar el desempeño del presidente en sus dos primeros años en el cargo. En las elecciones que se realizan a la mitad del período son elegidos algunos miembros del Senado de la república y todos los miembros de la Cámara de Representantes, además de muchos funcionarios estatales y locales.



Lyndon B. Johnson,
demócrata
(1963-1969)

Richard M. Nixon,
republicano
(1969-1974)



Gerald Ford,
republicano
(1974-1977)



Jimmy Carter,
demócrata
(1977-1981)

ELECCIÓN PRIMARIA – Contienda electoral cuya finalidad es definir quién será el candidato de cada partido político a un cargo público en particular. Se pueden realizar primarias para todos los niveles del gobierno, ya se trate de elecciones locales de alcalde, contiendas de distrito para la Cámara de Representantes, elecciones a nivel estatal de gobernador o senador, y aun las de presidente de los Estados Unidos. En las primarias “cerradas”, sólo los miembros registrados de un partido pueden votar. En las primarias “abiertas”, los votantes de un partido (conocidos como electores “cruzados”) pueden votar en la elección primaria de otro partido.

Las primarias de candidatos presidenciales se realizan en el nivel estatal para saber a quiénes prefiere la población de ese estado como candidatos del partido. Según la ley de cada estado, los votantes pueden depositar directamente sus sufragios por el candidato presidencial de su preferencia, o bien, votan por delegados que se “comprometen” a respaldar a ese candidato presidencial cuando se realice la convención. Si las elecciones primarias estatales se realizan con suficiente anticipación en la temporada política, a veces llegan a detener la marcha de los candidatos presidenciales más fuertes y crean una oleada de apoyo a un candidato menos conocido. Obsérvese que las primarias son una opción alternativa frente al sistema de “comicios” para la selección de candidatos.

ENCUESTA DE RASTREO – Cierta tipo de encuesta de opinión pública que permite a los candidatos seguir o “rastrear” los sentimientos de los votantes en el curso de una campaña. En la encuesta inicial, el encuestador entrevista al mismo número de votantes en tres noches consecutivas; por ejemplo, a 400 cada noche, para tener una muestra total de 1.200 personas. En la cuarta noche, el encuestador entrevista a otros 400 votantes, añade estas respuestas a los datos de la encuesta y suprime las respuestas obtenidas en la primera noche. Al continuar este proceso, la muestra consiste en la rotación constante de las 1.200 respuestas obtenidas en las tres noches precedentes. Al cabo del tiempo, la campaña permite analizar los datos de toda la encuesta y observar el efecto de ciertos eventos sobre las actitudes de los electores.

FALDONES [coattails] – Alusión a las prolongaciones posteriores (“faldones”) de un frac. En la política de los Estados Unidos, se refiere a la capacidad de un funcionario o candidato popular a algún cargo para usar la fuerza de su popularidad personal con el fin de aumentar las probabilidades de triunfo de otros candidatos de su mismo partido. Se dice

que ese candidato arrastra a otros a la victoria, “colgados de sus faldones”.

GOBIERNO DIVIDIDO – Expresión que se refiere, en general, a una situación en la que el presidente es miembro de un partido político y por lo menos una de las cámaras del Congreso (ya sea el Senado o la Cámara de Representantes) está bajo el control del partido opositor. Esta situación se puede presentar también en el nivel estatal cuando un partido controla el cargo de gobernador y otro la legislatura del estado. El gobierno dividido es un fenómeno frecuente en el sistema político de los Estados Unidos. Su efecto histórico ha consistido en desalentar los cambios radicales e impulsar a los políticos de ambos partidos a concertar soluciones de compromiso sobre la legislación propuesta.

JUNTA DE AYUNTAMIENTO – Reunión informal de un funcionario o candidato a un cargo con un grupo de personas, a menudo de la localidad, en un ambiente de igualdad y sencillez, en la que los miembros del auditorio pueden hacer preguntas directamente al funcionario o candidato.

LIBERAL – En el espectro político de los Estados Unidos, se llama “liberal” a quien está ligera o claramente a la izquierda del centro. De los dos partidos políticos principales, se considera que los demócratas son más liberales según la definición actual del término. Los liberales en el aspecto “político” tienden a respaldar un mayor poder federal para aliviar las desigualdades sociales observadas; en la esfera de la cultura, los liberales tienden a apoyar el feminismo, los derechos de las minorías y hacen énfasis en las libertades en lo referente al comportamiento de las personas.

MADRUGAR [front-loading] – Práctica de programar los comicios y las elecciones primarias de los partidos en los estados con una anticipación cada vez mayor en relación con la elección general. Al adelantar sus primarias a fechas más tempranas, los estados esperan dar un ímpetu decisivo a uno o dos candidatos presidenciales y, de ese modo, ejercer una influencia significativa sobre la nominación en cada uno de los partidos.

MAYORÍA RELATIVA [plurality rule] – Método para determinar quién es el candidato vencedor de una elección. Se dice que hay mayoría relativa o pluralidad de votos cuando el número total de sufragios a favor de un candidato es mayor que los obtenidos por cualquiera de sus opositores, aunque a menudo no alcanza el nivel de una mayoría absoluta de votos de 50 por ciento. Es decir, si un candidato obtiene el 30 por ciento de los votos, un segundo candidato recibe también 30 por

ciento y el tercero obtiene 40 por ciento, el tercer candidato tendrá una mayoría relativa y ganará la elección.

PLATAFORMA O PROGRAMA POLÍTICO – En el contexto de la política presidencial de los Estados Unidos, este término se refiere a la declaración formal que hace por escrito un partido político para expresar sus principios y objetivos, la cual es redactada y publicada durante el proceso de nominación de su candidato a la presidencia. En los últimos años, las plataformas políticas han perdido importancia a medida que la televisión hace que la atención se centre más en la personalidad y las dotes de liderazgo que cada candidato exhibe.

REBOTE DE LA CONVENCION – Aumento de popularidad de un candidato a la presidencia, detectado por medio de encuestas de opinión pública en los días siguientes a su nominación para el cargo en la convención nacional republicana o demócrata.

REDEFINICIÓN DE DISTRITOS – Proceso que consiste en modificar las demarcaciones de los distritos del Congreso, es decir, los distritos electorales inscritos en los estados, en nombre de los cuales se elegirán miembros de la Cámara de Representantes. En el nivel estatal, tanto los demócratas como los republicanos compiten por el control de los mecanismos jurídicos y políticos que les permitan redefinir los distritos (casi siempre mediante el control de la legislatura estatal). Si lo logran, pueden alterar los límites de los distritos del Congreso con miras a obtener una ventaja para su partido en las elecciones.

REGIONALIZACIÓN – Los 50 estados de la Unión están agrupados de modo extraoficial en unas seis regiones, en las que varios de ellos comparten ciertos rasgos geográficos y culturales. En la temporada de elecciones presidenciales primarias, el término “regionalización” se refiere a la práctica por la cual los estados se unen entre sí, en su región, con el fin de que ésta ejerza el máximo efecto posible en el proceso electoral, para lo cual a menudo realizan sus elecciones primarias el mismo día.

TERCER PARTIDO – Cualquier partido político distinto de los dos que dominaron la política de los Estados Unidos en el siglo XX: el Partido Republicano y el Partido Demócrata.

VIÑETA DE SONIDO [sound bite] – Comentario breve y muy citable de un candidato a un cargo público, que se presenta reiteradamente en los programas de noticias por radio y televisión.

VOTO DE PROTESTA – Sufragio a favor del candidato de un tercer partido o un partido menor, que se hace sin mucha esperanza de que éste sea elegido, sino para manifestar el descontento con los candidatos de los dos partidos políticos principales.

Ronald Reagan,
republicano
(1981-1989)



George Bush,
republicano
(1989-1993)

BIBLIOGRAFÍA

Y

SITIOS EN LA RED

LIBROS

Abramson, Paul R., John Aldrich, y David Rohde
Change and Continuity in the 2000 and 2002 Elections. CQ Press, 2003, 400 págs.

Bibby, John F.
Two Parties – Or More? The American Party System. 2a edición. CQ Press, 2002, 168 págs.

Brinkley, Alan, ed. y Davis Dyer, ed.
The Reader's Companion to the American Presidency. Houghton Mifflin, 2000, 368 págs.

Coleman, Kevin J., Joseph E. Cantor and Thomas H. Neale
Presidential Elections in the United States: A Primer. Congressional Research Service, Library of Congress, 2000, 53 págs.
<http://fpc.state.gov/documents/organization/22616.pdf>

Flanigan, William H. y Nancy Zingale
Political Behavior of the American Electorate. 10a edición. CQ Press, 2002, 220 págs.

Goldstein, Michael L.
Guide to the 2004 Presidential Election. CQ Press, 2003, 140 págs.

Gregg, Gary L., ed.
Securing Democracy: Why We Have an Electoral College. ISI Books, 2001, 197 págs.

Maisel, L. Sandy
The Parties Respond: Changes in American Parties and Campaigns. 4a edición. Westview Press, 2002, 400 págs.

Moore, John Leo
Elections A-Z. 2a edición. CQ Press, 2003, 614 págs.

Polsby, Nelson W. y Aaron Wildavsky
Presidential Elections: Strategies and Structures of American Politics. 10a edición. Chatham House, 2000, 352 págs.

Thomas, Norman G. y Joseph A. Pika
"Election Politics" in The Politics of the Presidency. 5a edición. CQ Press, 2001, 510 págs.

Thompson, Dennis
Just Elections. University of Chicago Press, 2002, 240 págs.

Traugott, Michael y Paul J. Lavrakas
Election Polls, the News Media & Democracy. Chatham House Publishers, 2000, 368 págs.

Traugott, Michael y Paul J. Lavrakas
The Voter's Guide To Election Polls. 2a edición. Chatham House Publishers, 2000, 192 págs.

Wayne, Stephen J.
The Road to the White House. 2004. 7a edición. Wadsworth Publishers, 2003, 336 págs.

Zogby, John
Decision 2002: Why the Republicans Gained. Zogby International, 2003, 234 págs.

SITIOS EN LA RED

Center for Responsive Politics
<http://www.opensecrets.org/home>

Center for the American Woman and Politics
<http://www.rci.rutgers.edu/~cawp>

Center for Voting and Democracy
<http://www.fairvote.org/>

Democracy in Action, P2004, Race for the Presidency
<http://www.gwu.edu/~action/P2004.html>

Democratic National Committee
<http://democrats.org/index.html>

Federal & State Election Resources
<http://www.lrx.com/columns/roundup25.htm>

League of Women Voters
<http://www.lwv.org>

Politics1 – Presidency2004
<http://www.politics1.com/p2004.htm>

Project Vote Smart
<http://www.vote-smart.org>

Republican National Committee
<http://rnc.org>

U.S. Federal Election Commission
<http://www.fec.gov>

Foreign Press Centers Campaign 2004 Web Links
<http://fpc.state.gov/c9752.htm>

Issues of Democracy: Fair and Free Elections, September 1996
<http://usinfo.state.gov/journals/itdhr/0996/ijde/ijde0996.htm>

ARTÍCULOS

Brooks, David. "One nation, slightly divisible," *Atlantic Monthly*, diciembre de 2001, págs. 53-65.
<http://www.theatlantic.com/issues/2001/12/brooks.htm>

Benenson, Bob. "Special Report, Election 2004," *CQ Weekly*, 9 de agosto de 2003, págs. 2010-2014.

Cantor, Joseph E.
Campaign Financing. Congressional Research Service, Library of Congress, 2002. 14 págs.
<http://fpc.state.gov/documents/organization/20708.pdf>

Cook, Charles E. "Sweep or split", *Washington Quarterly*, otoño de 2003, pp. 213-220
http://www.twq.com/03autumn/docs/03autumn_cook.pdf

Dunham, Richard S. "Election '04: Off and Running; With the Presidential primary season now getting into full gear, here are four dynamics that will determine Bush's re-election. (WASHINGTON WATCH)" *Business Week Online*, 2 de septiembre de 2003.
http://www.businessweek.com/bwdaily/dnflash/sep2003/nf2003092_1665_db015.htm

Faucheux, Ron. "Early Senate handicapping for '04: short of an across-the-board Bush-Republican collapse, Democrats will have their hands full holding the line on what they already have in the Senate. (On the Record). (Elections United States)", *Campaigns & Elections*, abril de 2003, pág 7.

"Taking Aim At 2004: Can Bush win a second term running on a platform of tanks and tax cuts? An inside look at the campaign playbook. (Nation)" *Time*, 5 de mayo de 2003, pág. 32.



William Clinton,
demócrata
(1993-2001)



George W. Bush,
republicano
(2001-presente)

